

“La era del vacío”.

La situación a la que hemos llegado es más problemática y estable de lo que a primera vista podríamos pensar. Los ‘callejones sin salida’ con los que nos encontramos tienen su ‘lógica’ como en parte ya hemos podido ver; no surgen de la nada. La ‘red ilegal’ tiene una extensión que le da consistencia y eficacia. De cara a afrontar su influjo envolvente vamos a ayudarnos del análisis que **Lipovetsky** hace en **La era del vacío** de esta malla en la que estamos atrapados... Difícilmente encontraremos una descripción más pormenorizada y concatenada de una realidad tan compleja.

En efecto, en el prólogo describe así la realidad posmoderna: *“La cultura posmoderna es descentrada y heteróclita, materialista y psi, porno y discreta, renovadora y retro, consumista y ecologista, sofisticada y espontánea, espectacular y creativa; el futuro no tendrá que escoger una de esas tendencias sino que, por el contrario, desarrollará las lógicas duales, la correspondencia flexible de las antinomias. La función de semejante estallido no ofrece duda: paralelamente a los otros dispositivos personalizados, la cultura posmoderna es un vector de ampliación del individualismo; al diversificar las posibilidades de elección, al anular los puntos de referencia, al destruir los sentidos únicos y los valores superiores de la modernidad, pone en marcha una cultura personalizada o hecha a medida, que permite al átomo social emanciparse del balizaje disciplinario-revolucionario”* (**Op.cit.** p 11).

Es importante destacar lo que entiende por ‘cultura personalizada’ pues va a ser el concepto clave a lo largo de la obra. Dicha personalización es concreción de un ‘individualismo’ sin ‘puntos de referencia’, ‘sentidos únicos’ o ‘valores superiores’, que atomiza el cuerpo social descalificando como ‘disciplinario-revolucionario’ todo lo que coarte una libertad de elección sin límites ni antinomias ante una oferta nivelada. La dinámica que subyace en esta cultura posmoderna es un **narcisismo individualista** que exige una satisfacción *a la medida*.

Este planteamiento lo desarrolla en seis capítulos. A través de ellos va describiendo esta ‘red ilegal’ que nos arrastra. Puede servirnos como síntesis de todo lo que llevamos dicho recoger el contenido de cada capítulo.

I.- “Seducción continua”.

“Indiscutiblemente hemos de partir del mundo del consumo. Con la profusión lujuriosa de sus productos, imágenes y servicios, con el hedonismo que induce, con su ambiente eufórico de tentación y proximidad, la sociedad de consumo explícita sin ambages la amplitud de la estrategia de la seducción. Sin embargo ésta no se reduce al espectáculo de la acumulación; más exactamente se identifica con la sobremultiplicación de elecciones que la abundancia hace posible con la latitud (?) de los individuos sumergidos en un universo transparente, abierto, que ofrece cada vez más opciones y combinaciones a medida, y que permite una circulación y selección libres...” (**Op.cit.** p 18).

En efecto, no habría ‘seducción’ sin ‘profusión de productos’. Sin embargo no pone el acento en la ‘acumulación’ sino en la multiplicación de posibilidades de libre elección, que posibilita lo que él denomina como *personalización*: *“La vida sin imperativo categórico, la vida kit modulada en función de las motivaciones individuales, la vida flexible en la era de las combinaciones, de las opciones, de las fórmulas independientes que una oferta infinita hace posibles, así opera la seducción. Seducción en el sentido de que el proceso de personalización*

reduce los marcos rígidos y coercitivos, funciona sibilinamente jugando la carta de la persona individual, de su bienestar, de su libertad, de su interés propio” (Op.cit. p 19). Como más adelante afirma, “la seducción en curso es privática” (p 21).

Pero esta carta de ciudadanía para la ‘seducción’ en nombre de la ‘libre elección’ (aunque no olvidemos que es *privática*) tiene repercusiones importantes para el tema que nos ocupa: “*La cultura posmoderna es la del feeling y de la emancipación individual extensiva a todas las categorías de edad y sexo. La educación, antes autoritaria, se ha vuelto enormemente permisiva, atenta a los deseos de los niños y adolescentes mientras que, por todas partes, la ola hedonista desculpabiliza el tiempo libre, anima a realizarse sin obstáculos y a aumentar el ocio. La seducción: una lógica que sigue su camino, que lo impregna todo y que al hacerlo, realiza una socialización suave, tolerante, dirigida a personalizar-psicologizar al individuo” (Op.cit. pp 21-22).*

Una cosa es una ‘educación autoritaria’ y otra muy distinta ‘educación con autoridad’. El no distinguir lleva al movimiento pendular: de ‘autoritaria’ pasa a ‘permisiva’. Si ‘autoridad’ quiere decir ‘hacer crecer’, ¿qué alcance puede tener una educación que está más atenta a los ‘deseos de los niños y adolescentes’ que a su crecimiento?

Pero no es sólo la educación la que se ve afectada, sino algo más radical, como el lenguaje: “*El lenguaje se hace eco de la seducción. Desaparecidos los sordos, los ciegos, los lisiados, surge la edad de los que oyen mal, de los no-videntes, de los minusválidos; los viejos se han convertido en personas de la tercera o cuarta edad, las chachas en empleadas del hogar, los proletarios en interlocutores sociales. Los malos alumnos son niños con problemas o casos sociales, el aborto es una interrupción voluntaria del embarazo. Incluso los analizados son analizantes. El proceso de personalización aseptica el vocabulario como lo hace con el corazón de las ciudades, los centros comerciales y la muerte...” (Op.cit. p 22). Para seducir hay que maquillar. Pero en el caso del lenguaje esta operación le quita fuerza expresiva: si ahora el lenguaje está destinado más a ‘seducir’ que a ‘convencer’ ¿accedemos a la realidad o nos quedamos en el mundo cerrado del sujeto (de sus caprichos)?*

En efecto, esto es lo que ocurre: “*Lejos de ser un agente de mistificación y de pasividad, la seducción es destrucción cool de lo social por un proceso de aislamiento que se administra ya no por la fuerza bruta o la cuadrícula reglamentaria sino por el hedonismo, la información y la responsabilización. Con el reino de los mass media, de los objetos y del sexo, cada cual se observa, se comprueba, se vuelca sobre sí mismo en busca de la verdad y de su bienestar, cada uno se hace responsable de su propia vida, debe gestionar de la mejor manera su capital estético, afectivo, psíquico, libidinal, etc. Aquí socialización y desocialización se identifican, al final del desierto social se levanta el individuo soberano, informado, libre, prudente administrador de su vida: al volante, cada uno abrocha su propio cinturón de seguridad...” (Op.cit. p 24).*

La seducción, pues, pone en el centro al ‘individuo soberano’ volcado sobre ‘sí mismo en busca de la verdad y su bienestar’... (¿no habría que decir, más bien ‘en busca de su verdad’?), pero cuyo final es el *desierto social*: la responsabilidad se reduce a la *gestión* de las propias posibilidades. La imagen ‘automovilística’ no puede ser más sugerente. En efecto, la cultura que vivimos ofrece una plena ‘auto-movilidad’, reglada externamente por un ‘código de la circulación’ que intenta ordenar coactivamente un ‘tráfico’ en el que cada uno va a su ‘destino’ totalmente ‘personalizado’. Nada de ‘transporte público’ es para el que aún no ha llegado a la posibilidad del ‘utilitario’.

Por último hay que consignar otro gran afectado por la seducción: la política. “*La política personalizada corresponde a la emergencia de esos nuevos valores que son la cordialidad, las confidencias íntimas, la proximidad, la autenticidad, la personalidad, valores*

individualistas-democráticos por excelencia, desplegados a gran escala por el consumo de masas. La seducción: hija del individualismo hedonista y psi, mucho más que del maquiavelismo político...” (Op.cit. p 25). Habría que decir de nuevo que ahora es la política la que se ‘privatiza’. Lo social no sólo empieza sino también termina en el individuo, ya que la seducción es ‘hija del individualismo hedonista y psi’. Es una ‘superación’ un tanto esperpéntica del ‘maquiavelismo político’.

Pero este individualismo que vivimos no sólo es *hedonista* sino *psi*: “*Bajo la égida del Inconsciente y de la Represión, cada uno es remitido a sí mismo en su reducto libidinal, en busca de su propia imagen desmistificada, privado incluso en los últimos avatares lacanianos de la autoridad y de la verdad del analista. Silencio, muerte del analista, todos somos analizantes, simultáneamente interpretados e interpretantes en una circularidad sin puerta ni ventana. Don Juan ha muerto; una nueva figura, mucho más inquietante, se yergue, Narciso, subyugado por sí mismo en su cápsula de cristal*” (Op.cit. p 33).

La psicologización del individuo lo absorbe en una autoobservación interminable porque pierde referentes objetivos y objetivadores. Ya no es el don Juan que tiene que redimirse, sino el ‘Narciso subyugado por sí mismo’, es la ‘autoseducción’.

Resumiendo, la seducción, fruto de una posibilidad real de consumo, centra al individuo en el mundo de sus deseos y de sus búsquedas: todo ha de ser apetecible para ser consumido: la educación, el lenguaje, la política, uno mismo...

Pero este individualismo narcisista nos arroja a un desierto:

II.- “La indiferencia pura”.

“...¿Quién se ha salvado de ese maremoto? Aquí como en otras partes el desierto crece: el saber, el poder, el trabajo, el ejército, la familia, la Iglesia, los partidos, etc., ya han dejado globalmente de funcionar como principios absolutos e intangibles y en distintos grados ya nadie cree en ellos, en ellos ya nadie invierte nada... Por todas partes se propaga la ola de deserción, despojando a las instituciones de su grandeza anterior y simultáneamente de su poder de movilización emocional. Y sin embargo el sistema funciona, las instituciones se reproducen y desarrollan, pero por inercia, en el vacío, sin adherencia ni sentido, cada vez más controladas por los ‘especialistas’, los últimos curas, como diría Nietzsche, los únicos que todavía quieren inyectar sentido, valor, allí donde ya no hay otra cosa que un desierto apático...” (Op.cit. pp 35-36).

Sin ‘principios absolutos e intangibles’, el hombre de hoy se queda sin puntos de referencia, sin ‘instituciones’. El ‘sistema’ funciona ‘por inercia..., sin adherencia ni sentido’, en un ‘desierto apático’. Pero esta apatía no tiene hondura. Veamos en qué sentido: “...la apatía de las masas, la cual no puede analizarse con las categorías de esplendor y decadencia, de afirmación y negación, de salud y enfermedad... nuestra bulimia de sensaciones, de sexo, de placer, no esconde nada, no compensa nada, y aún menos el abismo de sentido abierto por la muerte de Dios. La indiferencia, pero no la angustia metafísica...” (Op.cit. pp 36-37).

Esto es totalmente nuevo: “La oposición del sentido y del sin sentido ya no es desgarradora y pierde parte de su radicalismo ante la frivolidad o la utilidad de la moda, del ocio, de la publicidad. En la era de lo espectacular, las antinomias duras, las de lo verdadero y lo falso, lo bello y lo feo, lo real y la ilusión, el sentido y el sinsentido se esfuman, los antagonismos se vuelven ‘flotantes’, se empieza a comprender, más que les pese a nuestros metafísicos y antimetafísicos, que ya es posible vivir sin objetivo ni sentido, en secuencia-flash, y esto es

nuevo. “Es mejor cualquier sentido que ninguno”, decía Nietzsche, hasta esto ya no es verdad hoy” (**Op.cit.** p 38).

La constatación es irrefutable: ‘ya es posible vivir sin objetivo ni sentido’. Otra cosa es que esta ‘indiferencia’ sea inofensiva y carezca de secuelas. Pero el dato está ahí. Las antinomias pierden antagonismo, y esto ciertamente es ‘nuevo’.

Pero veamos en qué está la novedad: “*Nuestra sociedad no conoce prelación, codificaciones definitivas, centro, sólo estimulaciones y opciones equivalentes en cadena. De ello proviene la indiferencia posmoderna, indiferencia por exceso, no por defecto, por hipersolicitación, no por privación. ¿Qué es lo que todavía puede sorprender o escandalizar?...*” (**Op.cit.** p 39). La exuberancia del ‘escaparate’ junto con la posibilidad de adquirir la ‘oferta’ es lo que desencadena la ‘indiferencia posmoderna’. El hecho de que siempre habrá una alternativa (¡todo está en oferta!) y la nivelación por pérdida de referentes, crea una equidistancia apática. Y es que no se trata de un ‘cambio de valores’, sino simplemente “*explícita el proceso de indiferencia pura en el que todos los gustos, todos los comportamientos pueden cohabitar sin excluirse, todo puede escogerse a placer, lo más operativo como lo más esotérico, lo viejo como lo nuevo, la vida simple-ecologista como la vida hipersofisticada, en un tiempo desvitalizado sin referencia estable, sin coordenada mayor. Para la mayoría, las cuestiones públicas, incluida la ecología, se vuelven ambiente, movilizan durante un tiempo y desaparecen tan deprisa como aparecieron... La indiferencia pura designa la apoteosis de lo temporal y del sincretismo individualista... El posmodernismo no es más que un grado suplementario en la escalada de la personalización del individuo dedicado al self-service narcisista y a combinaciones caleidoscópicas indiferentes*” (**Op.cit.** p 41). Por eso la imagen con que expresa esta indiferencia “*se parece más al telespectador probando por curiosidad uno tras otro los programas de la noche, al consumidor llenando su carrito...*” (**Op.cit.** p 42). La consecuencia es clara: “*En un sistema organizado según un principio de aislamiento ‘suave’, los ideales y valores públicos sólo pueden declinar, únicamente queda la búsqueda del ego y del propio interés, el éxtasis de la liberación ‘personal’, la obsesión por el cuerpo y el sexo: hiper-inversión de lo privado y en consecuencia desmovilización del espacio público. Con la sociabilidad autoclave se inicia la desmotivación generalizada, el repliegue autárquico ilustrado por la pasión de consumir pero también por la moda del psicoanálisis y de las técnicas relacionales: cuando lo social está abandonado, el deseo, el placer, la comunicación se convierten en los únicos ‘valores’ y los ‘psi’ en los grandes predicadores del desierto. La era ‘psi’ se inicia con la deserción de masa y la libido es un flujo del desierto*” (**Op.cit.** pp 42-43), porque “*el hombre indiferente no se aferra a nada, no tiene certezas absolutas, nada le sorprende, y sus opiniones son susceptibles de modificaciones rápidas*” (**Op.cit.** p 44), ya que queda la búsqueda del ego y del propio interés.

Esta deserción del espacio público es sustituida por ‘la pasión por consumir’ y ‘la era psi’. Es “*la deserción y la indiferencia que corroen el mundo contemporáneo: ‘revolución sin finalidad’, sin programa, sin víctima ni traidor, sin filiación política*” (**Op.cit.** p 45). No puede ser más acertada la imagen de ‘desierto’ que **Lipovetsky** propone.

Pero este desierto es particular. Aludiendo al descenso de casos de suicidio entre el siglo XIX y el XX, hace esta reflexión: “*En el horizonte del desierto se perfila no tanto la autodestrucción, la desesperación definitiva, como la patología de masas, cada vez más banalizada, la depresión, el ‘están hartos’, el flip, expresiones del proceso de abandono y de indiferencia por ausencia de teatralidad espectacular por una parte, y por la oscilación*

permanente e indiferente que se instaura de forma endémica entre excitabilidad y depresión...” (Op.cit. p 46). Ya veremos que el suicidio no es que haya desaparecido, sino que cambia radicalmente de ‘motivación’. Es la ‘banalización’, la hartura: la ‘oscilación’ entre ‘excitabilidad’ y ‘depresión’.

Esta situación tiene sus consecuencias: *“Cruzando solo el desierto, transportándose a sí mismo sin ningún apoyo trascendente, el hombre actual se caracteriza por la vulnerabilidad. La generalización de la depresión no hay que achacarla a las vicisitudes psicológicas de cada uno o de las ‘dificultades’ de la vida actual, sino a la deserción de la res publica, que limpió el terreno hasta el surgimiento del individuo puro, Narciso en busca de sí mismo, obsesionado solamente por sí mismo y, así, propenso a desfallecer a hundirse en cualquier momento, ante una adversidad que afronta a pecho descubierto, sin fuerza exterior. El hombre relajado está desarmado. De esta manera los problemas personales toman dimensiones desmesuradas y cuanto más se insiste, ayudado o no por los ‘psi’, menos se resuelven. El mismo principio se aplica tanto a lo existencial, como a la enseñanza y lo político: cuanto más sujeto está a tratamiento y auscultación, más insoluble se vuelve. ¿Qué cosa hoy no da lugar a dramatizaciones y stress? Envejecer, engordar, afearse, dormir, educar a los niños, irse de vacaciones, todo es un problema, las actividades elementales se han vuelto imposibles”* (Op.cit. pp 46-47). Triste panorama en el que nos aísla un narcisismo asfixiante.

III.- “Narciso o la estrategia del vacío”

De ‘mutación antropológica’, habla **Lipovetsky** al comenzar este capítulo sobre el **neonarcisismo**: *“Aparece un nuevo estadio del individualismo: el narcisismo designa el surgimiento de un perfil inédito del individuo en sus relaciones con él mismo y su cuerpo, con los demás, el mundo y el tiempo, en el momento en que el ‘capitalismo’ autoritario cede el paso a un capitalismo hedonista y permisivo, acaba la edad de oro del individualismo, competitivo a nivel económico, sentimental a nivel doméstico, revolucionario a nivel político y artístico, y se extiende a un individualismo puro, desprovisto de los últimos valores sociales y morales que coexistían aún con el reino glorioso del homo economicus, de la familia, de la revolución y del arte; emancipada de cualquier marco trascendental, la propia esfera privada cambia de sentido, expuesta como está únicamente a los deseos cambiantes de los individuos. Si la modernidad se identifica con el espíritu de empresa, con la esperanza futurista, está claro que por su indiferencia histórica el narcisismo inaugura la posmodernidad, última fase del homo aequalis”* (Op.cit. p 50). Mejor no puede describirse el paso de la modernidad a la posmodernidad.

Por otro lado, el ‘neonarcisismo’ es una nueva etapa: *“fin del homo politicus y nacimiento del homo psicologicus, al acecho de su ser y de su bienestar”* (Op.cit. p 51). Esto quiere decir que *“hoy vivimos para nosotros mismos, sin preocuparnos por nuestras tradiciones y nuestra posteridad: el sentido histórico ha sido olvidado de la misma manera que los valores y las instituciones sociales...”* (Op.cit. p 51).

En un ‘clima de pesimismo’ surge *“el desarrollo de las estrategias narcisistas de ‘supervivencia’, prometiendo salud física y psicológica. Cuando el futuro se presenta amenazador e incierto, queda la retirada sobre el presente, al que no cesamos de proteger, arreglar y reciclar en una juventud infinita. A la vez que pone el futuro entre paréntesis, el sistema procede a la ‘devaluación del pasado’, por su avidez de abandonar las tradiciones y territorialidades arcaicas e instituir una sociedad sin anclajes ni opacidades; con esa*

indiferencia hacia el tiempo histórico emerge el ‘narcisismo colectivo’, síntoma social de la crisis generalizada de las sociedades burguesas, incapaces de afrontar el futuro si no es en la desesperación” (Op.cit. pp 51-52).

¿Qué consecuencias tiene apearse del ‘tiempo histórico’ refugiándose en el ‘presente’? O mejor dicho, qué es lo que posibilita este repliegue al presente. Escuchemos la opinión de **Lipovetsky**: “...es el ‘materialismo’ exacerbado de las sociedades de la abundancia lo que, paradójicamente, ha hecho posible la eclosión de una cultura centrada en la expansión subjetiva, no por reacción o ‘suplemento del alma’, sino por aislamiento a la carta... Lejos de derivarse de una ‘concienciación’ desencantada, el narcisismo resulta del cruce de una lógica social individualista hedonista impulsada por el universo de los objetos y los signos, y de una lógica terapéutica y psicológica elaborada desde el siglo XIX a partir del enfoque psicopatológico” (Op.cit. p 53)

Pero observemos que este proceso es más consecuencia que pretensión y no tiene un único origen. Sólo un *hedonismo* individualista, más ‘harto’ que satisfecho unido a una problematización psicopatológica, han podido generar la presente situación. Es decir, el narcisismo no depende sólo de un ‘hedonismo’ con posibilidad de ser satisfecho, sino de un ensimismamiento en el propio psiquismo en busca de su ‘verdad’ o de su ‘arqueología’ que diría **Freud**.

Por eso más adelante comenta: “...a la inflación económica responde la inflación psi y el formidable empuje narcisista que engendra. Al canalizar las pasiones sobre el Yo, promovido así al rango de ombligo del mundo, la terapia psi, por más que esté teñida de corporeidad y de filosofía oriental, genera una figura inédita de Narciso, identificado de una vez por todas con el homo psicologicus. Narciso obsesionado por él mismo no sueña, no está afectado de narcosis, trabaja asiduamente para la liberación del Yo, para su gran destino de autonomía de independencia: renunciar al amor, ‘to love myself enough so that I do not need another to make me happy’ que es el nuevo programa revolucionario de J. Rubin...” (Op.cit. p 54).

Pero a la hora de hablar de esta ‘inflación psi’ que provoca el narcisismo conviene no caer un grave error: “La pasión narcisista no procede de la alienación de una unidad perdida, no compensa una falta de personalidad, genera un nuevo tipo de personalidad, una nueva conciencia, toda ella indeterminación y fluctuación. Que el Yo se convierta en un espacio ‘flotante’, sin fijación ni referencia, una disponibilidad pura, adaptada a la aceleración de las combinaciones, a la fluidez de nuestros sistemas, esa es la función del narcisismo, instrumento flexible de ese reciclaje psi permanente, necesario para la experimentación posmoderna. Y, simultáneamente, al expurgar del Yo las resistencias y los estereotipos, el narcisismo hace posible la asimilación de los modelos de comportamientos elaborados por todos los ortopedistas de la salud física y mental: instituyendo un ‘espíritu’ doblegado a la formación permanente, el narcisismo coopera en la gran obra de gestión científica de los cuerpos y almas” (Op.cit. pp 58-59).

Siempre es de agradecer la honestidad de **Lipovetsky**. Reconocer que el narcisismo genera un nuevo tipo de personalidad... toda ella llena de indeterminación y fluctuación, con un Yo ‘flotante’, sin fijación ni referencia, una disponibilidad pura, difícilmente se lo vamos a discutir. Pero va más lejos su análisis: la tan recomendada ‘formación permanente’ puede reflejar sin más la ‘desubstancialización’ a la que **Lipovetsky** continuamente alude, necesitada por tanto de *ortopedistas* físicos o mentales, o los dos a un tiempo, porque como él mismo confiesa a continuación: “el proceso de personalización narcisista desmonta las referencias del Yo, lo vacía de cualquier contenido definitivo” (Op.cit. p 59) y en dicha circunstancia lo que se necesita son “prótesis”.

Lo único discutible es que llame ‘proceso de personalización’ a algo que acaba en ‘indeterminación’, ‘fluctuación’, ‘sin fijación ni referencia’, ‘disponibilidad pura’. No

obstante, ya hemos visto el sentido que tiene en citas anteriores, y de hecho, después reconoce que dicho ‘proceso’ es “*el que, al evacuar sistemáticamente cualquier posición trascendente, engendra una existencia puramente actual, una subjetividad total sin finalidad ni sentido, abandonada al vértigo de la autoseducción*” (**Op.cit.** p 61). Resulta difícil aceptar que esta vivencia describa una experiencia **personal** o dicho de otra forma que este sea el tipo de ‘persona’ con el que deseamos encontrarnos en la vida.

Sigamos su análisis: “*Con lo que R. Sennett llama la ‘condena moral de la impersonalidad’ que equivale a la erosión de los papeles sociales, se inicia el reino de la personalidad, la cultura psicomórfica y la obsesión moderna del Yo en su deseo de revelar su ser verdadero o auténtico... Todo debe ser psicologizado...*” Ahora bien, esta psicologización tiene sus consecuencias: “*Con su obsesión de verdad psicológica, el narcisismo debilita la capacidad de jugar con la vida social... Y es ahí donde está la trampa, pues cuanto más los individuos se liberan de códigos y costumbres en busca de una verdad personal, más sus relaciones se hacen ‘fratricidas’ y asociales. Al exigir continuamente mayor inmediatez y proximidad, abrumando al otro con el peso de las confidencias personales, ya no respetamos la distancia necesaria para el respeto de la vida privada de los demás: el intimismo es tiránico e ‘incivil’. ‘El civismo es la actividad que protege al yo de los otros, y así le permite disfrutar de la compañía del prójimo. La máscara es la propia esencia del civismo...’ (R. Sennett). La sociabilidad exige barreras, reglas impersonales que son las únicas que pueden proteger a los individuos unos de otros; allí donde, al contrario, reina la obscenidad de la intimidad, la comunidad se hace pedazos y las relaciones humanas se vuelven ‘destructoras’..” (**Op.cit.** pp 64-65).*

Espléndido análisis que sin embargo quiero matizar. Evidentemente ‘la obscenidad de la intimidad’, como él denomina este ‘narcisismo’ obsesionado por su ‘verdad psicológica’ convierte en ‘fratricidas y antisociales’ las relaciones. El afirmar que el ‘civismo’ es necesario para mantener ‘la distancia necesaria para el respeto de la vida privada de los demás’ es exacto (llamemos a esta ‘distancia’ civismo o respeto). Lo discutible es denominar ‘máscara’ a dicha distancia. Si acertadamente ha llamado a esta obsesión de intimidad ‘obscenidad’, ¿no sería más lógico llamar a esta ‘distancia’ necesaria **misterio** en vez de máscara?

Sigamos con su descripción “*El proceso de personalización no elimina los códigos...el streptococo psi se manifiesta como un instrumento de control y de pacificación social. La autenticidad, más que una realidad psicológica, es un valor social... De todos modos, la autenticidad debe corresponder a lo que esperamos de ella... debe adoptar un estilo cool, cálido y comunicativo... Hay búsqueda de autenticidad, en absoluto de espontaneidad: Narciso no es un actor atrofiado... El narcisismo se define no tanto por la explosión libre de las emociones como por el encierro sobre sí mismo, o sea la ‘discreción’, signo e instrumento del self-control. Sobre todo nada de excesos, de desbordamientos, de tensión que lleve a perder los estribos; es el replegarse sobre sí, la ‘reserva’ o la interiorización lo que caracteriza el narcisismo, no la exhibición ‘romántica’..” (**Op.cit.** pp 66-67).*

Ahora bien, este ‘sobre sí’ no parece tener mucho contenido: “*Por otra parte el psicologismo, lejos de exacerbar las exclusiones y engendrar el sectarismo, tiene efectos inversos: la personalización desmantela los antagonismos rígidos, las excomunicaciones y contradicciones. El laxismo sustituye al moralismo o al purismo, y la indiferencia a la intolerancia. Narciso, demasiado absorto en sí mismo, renuncia a las militancias religiosas, abandona las grandes ortodoxias, sus adhesiones siguen la moda, son fluctuantes, sin mayor motivación. Aquí también la personalización conduce a la desinversión del conflicto, a la distensión. En sistemas personalizados, los cismas, las herejías ya no tienen sentido: cuando una sociedad ‘valora el sentimiento subjetivo de los actores y desvaloriza el carácter objetivo de la acción’ (R. Sennett), pone en marcha un proceso de dessubstancialización de las*

acciones y doctrinas cuyo efecto inmediato es un relajamiento ideológico y político...” (Op.cit. p 67).

Es decir, el ‘sobre sí’ parece reducirse a estar ‘demasiado absorto en sí mismo’. Esto lleva consigo una desconexión con la realidad: la ‘moral’ como concreción definida de nuestra conciencia es sustituida por el ‘laxismo’ y la ‘indiferencia’ difumina nuestra percepción reduciéndola a la tangencialidad epidérmica: en vez de la ‘adhesión’, la ‘moda fluctuante sin motivación’. Esto elimina ciertamente los ‘antagonismos rígidos y las excomuniones’, pero lo objetivo deja de ser el referente porque como dice Sennett, se ‘valora el sentimiento subjerivo de los actores y desvaloriza el carácter objetivo de la acción’.

Esta desconexión con la realidad y desvalorización de la acción aísla al sujeto en sus sentimientos, ‘revoluciona’ *“la relación interpersonal: lo que importa ahora es ser uno mismo absolutamente, florecer independientemente de los criterios del Otro”*, pues el otro *“ya no es ni hostil ni competitivo sino indiferente”* (Op.cit. p 70). Esto desemboca en la *“desolación de Narciso, demasiado bien programado en absorción en sí mismo para que pueda afectarle el Otro, para salir de sí mismo, y sin embargo insuficientemente programado ya que todavía desea una relación afectiva”* (Op.cit. p 78). Esta es la nueva situación que ha inaugurado el ‘posmodernismo’. Pero es muy importante constatar que entre modernismo y posmodernismo hay un abismo.

IV.- “Modernismo y posmodernismo”.

En efecto, veamos lo que supuso el modernismo para captar la ruptura del posmodernismo. *“El modernismo no es más que un aspecto del amplio proceso secular que lleva al advenimiento de las sociedades democráticas basadas en la soberanía del individuo y del pueblo, sociedades liberadas de la sumisión a los dioses, de las jerarquías hereditarias y del poder de la tradición. Prolongación cultural del proceso que se manifestó con esplendor en el orden político y jurídico a fines del siglo XVIII, culminación de la empresa revolucionaria democrática que constituyó una sociedad sin fundamento divino, pura expresión de la voluntad de los hombres que se reconocen iguales...”* (Op.cit. pp 86-87).

Esta ruptura con el pasado aparece con toda su fuerza en el arte: *“... El modernismo instituye un arte liberado del pasado, soberanamente dueño de sí mismo, es una figura de la igualdad, la primera manifestación de la democratización de la cultura, aunque se presente como un fenómeno artístico elitista separado de las masas”* (Op.cit. p 87).

Pero lo que se manifiesta en una minoría va a generalizarse a través del proceso revolucionario: *“Las analogías entre proceso revolucionario y proceso modernista son manifiestas: idéntica voluntad de instituir un corte brutal e irreversible entre el pasado y el presente...”* (Op.cit. p 90).

Ahora bien, esta ‘revolución’ va a tener un carácter peculiar: *“El modernismo sólo pudo aparecer gracias a una lógica social e ideológica tan flexible que permitió la producción de contrastes, divergencias y antinomias. Ya se ha sugerido: es la revolución individualista por la que, por primera vez en la historia, el ser individual, igual a cualquier otro, es percibido y se percibe como fin último, se concibe aisladamente y conquista el derecho a la libre disposición de uno mismo, la que constituye el fermento del modernismo... El código de lo Nuevo es precisamente el instrumento del que se ha dotado la sociedad individualista para conjurar la sedentariedad, la repetición, la unidad, la fidelidad a Maestros y a uno mismo, con vistas a una cultura libre, cinética y plural”* (Op.cit. p 93).

Y aquí nos topamos con algo clave: una nueva concepción de la libertad: *“Lo que tiene de particular la innovación modernista es su alianza con el escándalo y la ruptura... En una sociedad fundada en el valor irremplazable, último, de cada unidad humana, el arte propone*

formas dislocadas, abstractas, herméticas; se presenta como inhumano. Esa paradoja se debe precisamente a nuestra representación del individuo que “es casi sagrado absoluto; no hay nada por encima de sus exigencias legítimas; sus derechos idénticos de los otros individuos” (L. Dumont). Los modernos inventaron la idea de una libertad sin límites que permite explicar lo que nos separa del humanismo clásico. El Renacimiento consideraba que el hombre se desplazaba en un universo inmutable y geométrico dotado de atributos permanentes. Sin embargo, el mundo exterior, incluso infinito y abierto a la acción, obedecía a leyes fijas, eternas, que el hombre sólo podía registrar. Con los modernos, la idea de una realidad que impone sus leyes es incompatible con el valor de la mónada individual ontológicamente libre. Desafío a las leyes, a lo real, al sentido, el ejercicio de la libertad no admite límites para los modernos; se manifiesta por un proceso hiperbólico de negación de las reglas heterodoxas y correlativamente por una creación autónoma que decreta sus propias leyes. Todo lo que se plantea en una independencia intangible, todo lo que implica una sumisión a priori no puede resistir a la larga el efecto de la autonomía individual. “He querido establecer el derecho de atreverme a todo”, decía Gauguin: la libertad ya no es una adaptación o variación de la tradición, exige la ruptura y la revuelta, la destrucción de las leyes y significaciones heredadas, una creación soberana, una invención sin modelo... Una sociedad por inventar, una vida privada por administrar, una cultura por crear y por desestabilizar, el modernismo no puede aprehenderse independientemente del individuo libre y origen de sí mismo. Es la fractura de la organización ‘holista’, la inversión de la relación del individuo con el conjunto social, en beneficio del ser individual aprehendido como libre y semejante a los otros lo que ha permitido la aparición de un arte liberado de sujeciones ópticas y lingüísticas, liberado de los códigos de la representación, de la intriga, de la verosimilitud y de la consonancia” (Op.cit. pp 93-95). En una palabra, “el arte moderno se enraíza en el trabajo convergente de esos valores individualistas que son la libertad, la igualdad y la revolución” (Op.cit. p 96).

Sin esta ‘sacralización’ y ‘absolutización’ del individuo no hubiese podido desarrollarse esa nueva concepción de la libertad como expresión de una total autonomía individual. En una palabra, es “la preeminencia concedida al individuo en relación a la colectividad y cuyo principal efecto será la desvalorización de lo instituido, el principio del modelo sea cual fuere” (Op.cit. p 96).

Para que se pueda llevar a cabo esta ruptura con la ‘colectividad’ y lo ‘instituido’, “la cultura modernista insiste en el modo anti-intelectual y las facultades anticognitivas que aspiran a reencontrar las fuentes instintivas de la expresión” (D. Bell) (Op.cit. p 98). Esto supone que “la cultura modernista, universalista en su proyecto, está simultáneamente regida por un proceso de personalización, dicho de otro modo, por una tendencia a reducir o a abolir el estereotipo del yo, de lo real y de la lógica, por una tendencia a disolver el mundo de las antinomias, las de lo subjetivo y objetivo, de lo real lo imaginario, del sueño y la vigilia, de lo bello y lo feo, de la razón y la locura y ello, para emancipar el espíritu, para escapar a las sujeciones y los tabúes, liberar la imaginación, reapasionar la existencia y la creación. Lejos de una retirada al interior del yo, se trata de una perspectiva revolucionaria dirigida contra las barreras y distinciones tiránicas de la ‘vida de los perros’, una voluntad de personalizar radicalmente al individuo, de crear un hombre nuevo, abrirlo a la verdadera vida...” (Op.cit. p 99).

‘Verdadera vida’ referida a un “individuo autónomo y no social” y por tanto, en la que la ‘espontaneidad’ y la ‘autenticidad’ se convierten en valores indiscutibles sin referencia estables de ningún tipo: ya que “un individuo libre es móvil, sin contornos asignables; su existencia está condenada a la indeterminación y a la contradicción. Además, la igualdad socava la jerarquía de las facultades y de los acontecimientos, dignifica cada instante,

legítima cada impresión; el individuo puede aparecer, por ello, bajo un aspecto personalizado, dicho de otro modo, fragmentado, discontinuo, incoherente... Liquidación de las referencias fijas” (Op.cit. p 100).

En una palabra, este proceso suscita “*sociedades personalizadas, móviles y flotantes” (Op.cit. p 103).* A este movimiento artístico va unido uno teórico de vanguardia: el psicoanálisis: “*Con la regla de ‘decirlo todo’ y de las asociaciones libres, con el silencio del analista y la transferencia, la relación clínica se liberaliza y se introduce en la órbita flexible de la personalización. El análisis se vuelve ‘interminable’ de acuerdo con la representación moderna del individuo, valor último...” (Op.cit. p 103).*

Hasta aquí “*la gran fase del modernismo, la que fue testigo de los escándalos de la vanguardia. Hoy la vanguardia ha perdido su virtud provocativa, ya no se produce tensión entre los artistas innovadores y el público porque ya nadie defiende el orden y la tradición. La masa cultural ha institucionalizado la rebelión modernista... Transformación del público en la medida en el que el hedonismo que a principios de siglo era patrimonio de un reducido número de artistas antiburgueses se ha convertido, llevado por el consumo de masas, en el valor central de nuestra cultura....Entonces entramos en la cultura posmoderna, esa categoría que designa para D. Bell el momento en que la vanguardia ya no suscita indignación, en que las búsquedas innovadoras son legítimas en que el placer y el estímulo de los sentidos se convierten en los valores dominantes de la vida corriente. En este sentido, el posmodernismo aparece como la democratización del hedonismo, la consagración generalizada de lo Nuevo, el triunfo de la ‘anti-moral y del antiinstitucionalismo’” (Op.cit. p 105).*

En efecto, “*al absorber al individuo en la carrera por el nivel de vida, al legitimar la búsqueda de la realización personal, al acosarlo de imágenes, de informaciones, de cultura, la sociedad del bienestar ha generado una atomización o una desocialización radical... La era del consumo no sólo descalificó la ética protestante sino que liquidó el valor y existencia de las costumbres y tradiciones... Es la revolución de lo cotidiano lo que ahora toma cuerpo... El hombre moderno está abierto a las novedades, apto para cambiar sin resistencia de modo de vida... Con el universo de los objetos, de la publicidad, de los mass media, la vida cotidiana y el individuo ya no tienen un peso propio, han sido incorporados al proceso de la moda y de la obsolescencia acelerada: la realización definitiva del individuo coincide con su dessubstancialización, con la emergencia de individuos aislados y vacilantes, vacíos y reciclables ante la continua variación de los modelos... Control flexible, no mecánico o totalitario; el consumo es un proceso que funciona por la seducción, los individuos adoptan sin dudarlos los objetos, las modas, las fórmulas de ocio elaboradas por las organizaciones especializadas pero a su aire... La administración generalizada de lo cotidiano no debe hacer olvidar su correlato, la constitución de una esfera privada cada vez más personalizada e independiente: la era del consumo se inscribe en el vasto dispositivo moderno de la emancipación del individuo por una parte y de la regulación total y microscópica de lo social por otra...: a medida que lo cotidiano es elaborado minuciosamente por los conceptualizadores e ingenieros, el abanico de elecciones de los individuos aumenta, ese es el efecto paradójico de la edad del consumo.” (Op. cit. pp 107-108)*

Es decir, la ‘red ilegal’ que nos envuelve consiste en la “*dessubstancialización” del hombre y “la emergencia de individuos aislados y vacilantes, vacíos y reciclables”, abiertos al “consummo, un proceso que funciona por seducción”.* Ahora bien, esta seducción parte de un exuberante ‘escaparate’ que, como el mismo Lipovetsky nos recordaba más arriba, provoca “*el proceso de indiferencia pura en el que todos los gustos, todos los comportamientos pueden cohabitar sin excluirse” (Op.cit. p 41).*

En boca del propio **Lipovetsky** es “*la desaparición progresiva de las grandes entidades e identidades sociales en provecho de la homogeneidad de los seres..*”, lo cual lleva a que la persona (más bien habría que decir el individuo) quede como único referente: “*...en resumen, es el proceso de personalización lo que ha permitido esa distensión cool de las referencias sociales, la legitimación de todos los modos de vida, la conquista de la identidad personal, el derecho de ser absolutamente uno mismo, el apetito de personalidad hasta su término narcisista.*” (**Op.cit.** p 109).

Pero esto, al parecer, tiene sus consecuencias: “*...A medida que los objetos y mensajes, prótesis psi y deportivas invaden la existencia, el individuo se desagrega en un patchwork heteróclito, en una combinatoria polimorfa, vivo retrato del posmoderno. Cool en sus maneras de hacer y ser, liberado de la culpabilidad moral, el individuo narcisista es, no obstante, propenso a la angustia y la ansiedad: permanentemente cuidadoso de su salud pero arriesgando su vida en las autopistas o en la montaña...; flotante, ‘in’, producido por los modelos internacionales de la moda y a la vez reinvirtiéndose en las lenguas menores periféricas, el terruño, ciertas tradiciones religiosas o populares. Esa es la personalización narcisista: la fragmentación disparada del yo, la emergencia de un individuo que obedece a lógicas múltiples...*” (**Op.cit.** pp 111-112).

La ‘personalidad’, pues, de la que habla es ‘narcisista’ que lleva consigo una ‘fragmentación disparada del yo’. La ‘combinatoria’ posmoderna ofrece al hombre de hoy una existencia cool (de ‘indiferencia pura’) y lo libera de la ‘culpabilidad’ ciertamente, pero lo hace ‘propenso a la angustia y la ansiedad’. ¿Hasta qué punto esto es un logro?

Desde esta perspectiva el Yo se convierte en un ‘absoluto’, lo cual lleva consigo “*el mismo proceso flexible que liberaliza las costumbres, desmultiplica los grupos de reivindicación, desestandariza la moda y los comportamientos, construye el narcisismo y licúa lo Verdadero: la operación saber posmoderno, heterogeneidad y dispersión de los lenguajes, teorías flotantes, no es más que una manifestación del hundimiento general fluido y plural que nos hace salir de la edad disciplinaria y de esta manera socava la lógica del homo clausus occidental. Solamente en esa amplia continuidad democrática e individualista se dibuja la originalidad del momento posmoderno, es decir el predominio de lo individual sobre lo universal, de lo psicológico sobre lo ideológico, de la comunicación sobre la politización, de la diversidad sobre la homogeneidad, de lo permisivo sobre lo coercitivo*” (**Op.cit.** p 115).

Es decir, al parecer, el ‘narcisismo’ ‘licúa lo Verdadero’; o lo que es lo mismo, lo ‘individual’, lo ‘psicológico’, la ‘comunicación’, la ‘diversidad’ y lo ‘permisivo’ **versus** lo ‘universal’, lo ‘ideológico’, la ‘politización’, la ‘homogeneidad’ y lo ‘coercitivo’. Esto en principio nos suena bien. Sin embargo si nos preguntamos qué hay detrás de cada uno de estos vocablos que ha ‘infectado’ el posmodernismo, quizá no nos suene tan bien: si al librarnos de lo ‘universal’ eliminamos el **bien común** (¡que no es la suma de los bienes particulares!), si identificamos ‘ideológico’ con ‘ideologías’ y nos quedamos sin **ideas** (pensamiento), si toda **política** es ‘politización’ y por tanto ‘manipuladora’, si la **coincidencia real** es ‘homogeneidad’ que uniformiza y si toda **responsabilidad** se interpreta como ‘coercitiva’, desembocamos en un **individualismo psi**, necesitado de la mera **comunicación** descomprometida que aísla en una **diversidad** caprichosa, sin ‘identidad’ ni consistencia y una **permisividad** que lo relativiza todo y nos dispersa en mónadas solitarias. Es el diagnóstico de **Lipovetsky**: el **narcisismo** licúa lo **Verdadero**.

En efecto “*el posmodernismo barrió la carga subversiva de los valores modernistas, ahora reina el eclecticismo cultural*”. Es el ‘escaparate’ que todo lo nivela, poniéndolo sin más al alcance de la mano. Y es que “*el posmodernismo es sincrético a la vez cool y hard, convivencial y vacío, psi y maximalista, una vez más se trata de la cohabitación de los*

contrarios que caracteriza nuestro tiempo...” (Op.cit. p 117). Es la pérdida de relieve: todo es liso, no hay necesidad de recuperar nada, la experimentación tiene sentido en sí.

El llamado ‘retorno a lo sagrado’ con ‘el éxito de la sabiduría y religiones orientales’, se manifiesta también respecto a ‘la propia religión’ que “*ha sido arrastrada por el proceso de personalización: se es creyente, pero a la carta, se mantiene tal dogma, se elimina tal otro, se mezclan los Evangelios con el Corán, el zen o el budismo, la espiritualidad se ha situado en la edad kaleidoscópica del supermercado y del auto-servicio*”. Y es que esta “*renovación espiritual...es un resultado del individualismo posmoderno reproduciendo su lógica flotante. La atracción de lo religioso es inseparable de la dessubstancialización narcisista, del individuo flexible en busca de sí mismo, sin referencias ni certeza -aunque fuera la del poder de la ciencia-, pertenece a la misma categoría que los entusiasmos efímeros..., el neomisticismo participa de la desmembración personalizada del sentido y de la verdad, del narcisismo psi, sea cual sea la referencia al Absoluto que le subyace..., permitiendo un cóctel individualista del sentido conforme al proceso de personalización*” (Op.cit. pp 118-119).

En realidad habría que decir que el único ‘Absoluto’ es ‘uno mismo’ ante una oferta ilimitada (*supermercado*) cuya concreción depende exclusivamente de la propia autonomía (*auto-servicio*). Este ‘Absoluto’ no tiene contorno, surge de un ‘narcisismo desustancializado’, con su ‘lógica flotante’. La contradicción de que una ‘lógica’ pueda ser ‘flotante’, se resuelve si ésta depende de algo ‘desustancializado’, de un “*individuo flexible en busca de sí mismo*”. Esta búsqueda de ‘sí mismo’ que nuestro autor denomina a lo largo de toda la obra ‘proceso de personalización’ es algo, no sólo indeterminado en sí mismo, sino indeterminable, porque es *sin referencias ni certezas*. ¿Es posible concebir la persona ‘sin referencias’? Pero si la persona renuncia a cualquier tipo de ‘Absoluto’ que no sea ella misma, es decir, a cualquier tipo de ‘certeza’, ¿puede ser ‘determinable’?

El resultado de esta situación es una sociedad “*donde papeles e identidades se confunden, donde el individuo es flotante y tolerante*” (Op.cit. p 122). En efecto, “*en la actualidad, la sociedad, las costumbres, el mismo individuo se cambian más deprisa, más profundamente que la vanguardia*” (Op.cit. p 123) porque en última instancia “*la contraseña posmoderna y narcisista*” es esta: “*hay que ser absolutamente uno mismo, dentro de un eclecticismo laxo*” (Op.cit. p 124).

En esta dinámica posmoderna el motor es el **hedonismo**. Éste, según el análisis de **D. Bell**, puede convertirse en la más sutil amenaza contra la democracia: “*El hedonismo tiene como consecuencia ineluctable la pérdida de la civitas, el egocentrismo y la indiferencia hacia el bien común, la falta de confianza en el futuro, el declive de la legitimidad de las instituciones*” (citado en Op.cit. p 128).

Lipovetsky, sin embargo se pregunta: “*¿No sería más acertado reconocer en ello los signos de un reforzamiento de masas de la legitimidad democrática?*” (Op.cit. p 129). En efecto, según él, “*a medida que crece el narcisismo, triunfa la legitimidad democrática, aunque sea de manera cool; los regímenes democráticos con su pluralismo de partidos, sus elecciones, su derecho a la oposición y a la información se parecen cada vez más a la sociedad personalizada del autoservicio, del test y de la libertad combinatoria...*” (Op.cit. pp 129-130). Esto lleva consigo la siguiente paradoja: “*... La indiferencia pura no significa indiferencia a la democracia, significa abandono emocional de los grandes referentes ideológicos, apatía en las consultas electorales, banalización espectacular de lo político, transformación de la política en ‘ambiente’ pero dentro del campo de la democracia... La indiferencia pura y la cohabitación posmoderna de los contrarios corren parejas: no se vota, pero se exige poder votar; nadie se interesa por los programas políticos pero se exige que existan partidos; no se leen los periódicos, ni libros, pero se exige libertad de expresión... Sea cual sea su despolitización, el homo psicologicus no es indiferente a la democracia, sigue*

siendo en sus aspiraciones profundas un *homo democraticus*, es su mejor garante...” (Op.cit. p 130).

La democracia, pues, garantiza la absolutez del narcisismo, aunque al mismo tiempo crea tensiones: *El hedonismo, como la igualdad con sus ‘apetitos desmesurados’ contribuyen de este modo a amplificar una crisis ‘profunda y persistente’*: “La sociedad democrática tiene reivindicaciones que la capacidad productiva de la sociedad no puede satisfacer” (D. Bell) (p 132). Lipovetsky, sin embargo lo critica con el siguiente razonamiento: “...De hecho, al establecer una disyunción entre igualdad y economía, D. Bell reifica las antinomias del capitalismo, rehúsa tener en cuenta la flexibilidad de los sistemas democráticos, la invención y el despliegue histórico. Que existen tensiones entre la igualdad y la eficacia es una evidencia, pero eso no basta para concluir que existe una contradicción entre esos órdenes.” (Op.cit. p 132) Y es que, “de hecho, la igualdad como valor no es cuestionada: la reducción de las desigualdades sigue en el orden del día, sean cuales sean las dificultades, nada nuevas por otra parte, para determinar la norma de lo justo y de lo injusto...” (Op.cit. p 133). Esto lleva a la crisis del Estado-providencia y “...para el Estado se abre el camino de entrar en el ciclo de la personalización, de adecuarse a una sociedad móvil y abierta, rechazando las rigideces burocráticas, la distancia política, aunque sea benévola, a la manera de la socialdemocracia” (Op.cit. p 135).

Es decir, el Estado encuentra en la democracia la flexibilidad necesaria para ir dando respuesta a sus exigencias. Esto coincide en gran parte con el análisis que Bruckner hace del capitalismo en **Miseria de la prosperidad**: “La supervivencia del capitalismo después de dos siglos se debe tanto a sus enemigos como a sus adeptos”, porque “el triunfo del sistema podría ser su propia tumba, si no tuviera esta increíble aptitud para dejarse educar por los que quieren borrarle del mapa y participan, a su pesar, en su resurrección” (pp 102-103), ya que “encuentra en (la) contradicción un carburante para su propia transformación” (p 45).

No lo olvidemos, esta pervivencia del capitalismo mantiene las expectativas del hedonismo que se esfumarían en caso de desaparecer el ‘escaparate’. Pero éste no desaparece porque tanto detractores como adeptos del capitalismo sitúan la clave en lo económico, cuando a lo mejor habría que pensar en otras claves. Estoy totalmente de acuerdo con Bruckner cuando afirma que “no es preciso salir del capitalismo sino del economismo” (**Miseria de la prosperidad**, p 108). En efecto, difícilmente los problemas humanos tendrán salida cuando su solución parece depender exclusivamente de lo económico. (Sorprende que las soluciones que los políticos se plantean a los problemas de la ciudadanía, no sólo empiezan por lo económico sino que acaban ahí).

Esta es la sociedad que nos depara el posmodernismo: un equilibrio flotante y sin referentes, pero ‘garantizado’ (según Lipovetsky) por un espíritu democrático que no renuncia ni a la libertad individual ni al reto de la igualdad. Pero este ‘equilibrio’ necesita lo que podíamos denominar ‘talante’. Esto es lo que desarrolla en el capítulo siguiente.

V.- “La sociedad humorística.”

Lipovetsky nos descubre un aspecto novedoso y de gran importancia, en la sociedad posmoderna: que es **humorista**. Este humorismo tiene su peculiaridad. Veamos cómo nos lo describe: “... El personaje burlesco es inconsciente de la imagen que ofrece al otro, hace reír a pesar suyo, sin observarse, sin verse actuar, lo cómico son las situaciones absurdas que engendra, los gags que desencadena según un mecanismo irremediable. Por el contrario, con el humor narcisista, Woody Allen hace reír, sin cesar en ningún momento de analizarse, disecando su propio ridículo, presentando a sí mismo y al espectador el espejo de su Yo

devaluado. El Ego, la conciencia de uno mismo, es lo que se ha convertido en objeto de humor y ya no los vicios ajenos o las acciones descabelladas” (Op. cit. p 145).

Lo que ha sido devaluado es el propio Yo. Quizás por eso ha podido convertirse el Ego en objeto del humor. ¿No es esto un logro, el ‘reírse de sí mismo’? Lo curioso es que este nuevo ‘blanco’ del humor ha sustituido al antiguo que al parecer eran los ‘vicios’ y las ‘acciones descabelladas’. ¿No tiene esto que ver con la *indiferencia pura*? Por otro lado, ¿qué alcance tiene la ‘liquidación de la risa’? Son preguntas a las que **Lipovetsky** intenta dar respuesta.

En efecto, sigamos su argumentación: “...*hemos entrado en una fase de depauperación de la risa, que acompaña la llegada del neonarcisismo.*” ¿Qué relación hay entre ambos hechos? “*Por el abandono generalizado de los valores sociales que produce, por su culto a la realización personal, la personalización posmoderna cierra al individuo sobre sí mismo, hace desertar no sólo la vida pública sino finalmente la esfera privada, abandonada como está a los trastornos proliferantes de la depresión y de las neurosis narcisistas; el proceso de personalización tiene por término el individuo zombiesco, ya cool y apático, ya vacío del sentimiento de existir. Cómo entonces no darse cuenta de que la indiferencia y la desmotivación de masa, el incremento del vacío existencial y la extinción progresiva de la risa son fenómenos paralelos: en todas partes aparece la misma desvitalización, la misma erradicación de las emociones, la misma autoabsorción narcisista” (Op.cit. p 146).*

Es decir, el ‘neonarcisismo’ lleva a un ‘abandono generalizado de los valores sociales’. ¿Tiene sentido hablar de persona sin relaciones vinculantes? ¿Qué sentido tiene hablar de realización personal? ¿Puede llamarse ‘realización’ el ‘cerrarse sobre sí mismo’? ¿Dónde está ahí la ‘realidad’? ¿No es la sacralización de la subjetividad, (narcisismo)? Pero un Yo así aislado (¿sin “religación”?, diría **Zubiri**) en la ‘esfera privada’ no puede librarse de la ‘depresión’ ni de las ‘neurosis narcisistas’. La perspectiva no es muy halagüeña: un ‘individuo zombiesco’, desligado de todo (‘erradicación de las emociones’), ‘indiferente’, ‘desmotivado’ y ‘vacío del sentimiento de existir’.

El análisis es crudo, pero difícilmente podemos descalificarlo. Siempre agradeceré la honestidad de nuestro autor. Sólo le falta preguntarse si esto ‘merece la pena’, cosa que tendremos que hacer nosotros.

Pero veamos qué supone esta situación humorística: “...*Cuando el humor se vuelve una forma dominante, se borra la ideología, con sus oposiciones rígidas y su escritura en letras mayúsculas... Mientras que la ideología apunta a lo Universal, llamado lo Verdadero, el humor publicitario está más allá de lo verdadero y de lo falso, más allá de los grandes significantes, más allá de las oposiciones distintivas. El código humorístico socava la pretensión del sentido, destituye los contenidos: en el lugar y espacio de la transmisión ideológica, está la desustancialización humorística, la reabsorción del polo referencial. La glorificación del sentido ha sido sustituida por una depreciación lúdica, una lógica de lo inverosímil” (Op.cit. p 148).*

Evidentemente la ‘ideología’ tiene mal cartel (¡y con razón!), pero no podemos eliminar lo válido (que en este caso podemos denominar ‘pensamiento’: resultado de la búsqueda humana), con lo que es su deformación. El ser humano está abocado a una búsqueda irrenunciable, sencillamente porque no nace ‘programado’ o lo que es lo mismo, enmarcado por un ‘instinto’ como el animal, para el necesario equilibrio que hoy denominamos **ecología**. En efecto, presentar como un logro del ‘humor’ el ‘borrar la ideología’ que ‘apunta a lo Universal, llamado lo Verdadero’ sin más matizaciones, puede ser una tragedia, además de una contradicción. Sin dicha pretensión de ‘universalidad’ difícilmente podríamos llegar a los logros de igualdad que no estamos dispuestos a renunciar ni referirnos a un ‘todo’ del que formamos parte, como sin la búsqueda de lo Verdadero nos quedamos sin referencia. Una

cosa es que nadie posee en exclusiva la verdad (ni la agota) y otra muy distinta ironizar sobre 'lo Verdadero'.

Y es que el 'humor' que suplanta lo Universal y lo Verdadero, como el mismo **Lipovetsky** reconoce, 'socava la pretensión de sentido', produciendo una 'desubstancialización' y la supresión de todo 'polo referencial'. Esto termina en una 'depreciación lúdica' y una 'lógica de lo inverosímil'. Lo lúdico nos divierte y lo inverosímil nos evade. Sólo el sentido (¿un 'polo referencial'?) afrontando la realidad (¿una 'sustancia'?) nos realiza. Pero, ¿qué es lo que nos ha llevado a esta pérdida de sentido y de polo de referencia?

"El código del humor electrifica el sentido" gracias al "boom de las necesidades y la cultura hedonista": "... La sociedad cuyo valor cardinal es la felicidad de masa es arrastrada ineluctablemente a producir y consumir a gran escala signos adaptados a ese nuevo ethos, es decir mensajes alegres, felices, aptos para proporcionar en cualquier momento y para la mayoría una prima de satisfacción directa. El código humorístico es el complemento, el 'aroma espiritual' del hedonismo de masa, a condición de asimilar ese código al sempiterno instrumento del capital, destinado a estimular el consumo... Si el código humorístico se ha impuesto, se ha propagado, es porque corresponde a nuevos valores, a nuevos gustos (y no solamente a los intereses de clase), a un nuevo tipo de individualidad que aspira al placer y a la expansión, alérgica a la solemnidad del sentido después de medio siglo de socialización a través del consumo..." (Op.cit. pp 156-157).

Quiero resaltar algunas frases y su argumentación. *Felicidad de masa*. La formulación expresa con fuerza este *valor cardinal* de nuestra *sociedad*. En efecto, la felicidad ha sido siempre algo personal e intransferible. Ahora sin embargo es *de masa*. Como muy bien observaba **Bruckner** en **La euforia perpetua**, la sociedad actual ha convertido la 'felicidad' en una 'obligación', lo cual es una contradicción además de una tragedia. Pero esto es posible porque existe el 'escaparate' *destinado a estimular el consumo* y porque la experiencia de felicidad ha quedado reducida *mensajes alegres, felices, aptos para proporcionar en cualquier momento y para la mayoría una prima de satisfacción directa*. En efecto, este *nuevo ethos* exige posibilidad sin cortapisas (**can do**), al alcance de cualquiera (*de masa*) y presente (como el niño, el hombre actual no soporta la dilación), porque a fin de cuentas se trata de *un nuevo tipo de individualidad* (¿no 'personalidad'!) *que aspira al placer y a la expansión*, es decir, a la satisfacción completa sin restricciones. El hombre de hoy es una antena parabólica receptora de cualquier oferta. Todo lo que restrinja en nombre de *la solemnidad del sentido* queda eliminado. Sólo desapareciendo toda 'solemnidad', es decir, entrando en el reino de la trivialidad, de la nivelación, puede imponerse el 'código del humor'. Y es que este nuevo humor, para tener carta de ciudadanía, ha de ser un *"humor eufórico destinado a un amplio público"* (Op.cit. p 157). Sólo una observación: habría que distinguir entre solemnidad y seriedad: la primera sacraliza la realidad, la segunda responsabiliza a la persona.

Esta ausencia de 'solemnidad' (¿también de 'seriedad'?) tiene una ventaja para **Lipovetsky**: *"... El humor, a diferencia de la ironía, se presenta como una actitud que expresa cierto tipo de simpatía, de complicidad, aunque sean fingidas, con la persona a quien se dirige; nos reímos con ella, no de ella. ¿Cómo no asociar ese elemento afectivo propio del humor, ese matiz subjetivo con la humanización general de las relaciones interpersonales correlativas a la entrada de las sociedades occidentales en el orden democrático-individualista? Se ha producido una suavización de lo cómico al igual que una suavización de los castigos... "Optimismo triste y pesimismo alegre" (R. Escarpit), el sense of humor consiste en subrayar el aspecto cómico de las cosas sobre todo en los momentos difíciles de la vida, en bromear, por penosos que sean los acontecimientos"* (Op.cit. p 158).

Esta ventaja, como muy bien observa, está ligada al *orden democrático-individualista*: la igualdad e individualidad que otorga la democracia hace posible este nuevo sentido del humor

que difiere de la ironía y hace posible ‘reírse con’ sin tener por qué ‘reírse de’. Y tampoco está mal fijarse en *el aspecto cómico de las cosas*, sobre todo en los *momentos difíciles*. Pero a condición de no caer en la trivialización o el cinismo. El no dejarse aplastar por los *acontecimientos penosos*, no sólo es de alabar sino una necesidad; pero el bromear con lo *penoso*, eludiendo así el reto de afrontarlo, cayendo en la *indiferencia pura*, es indecente.

Por eso es muy ambiguo el alcance del párrafo siguiente: “...*Hoy en día en que la tonalidad dominante de lo cómico se desplaza, el humor ‘digno’ no cesa de valorizarse: las películas de guerra americanas, por ejemplo, se han hecho especialistas en el arte de poner en escena héroes oscuros cuyo humor frío es proporcional a los peligros que corren: después del código caballeresco del honor, el código humorístico como ethos democrático. Es imposible comprender la extensión de ese tipo de comportamiento sin relacionarlo con la ideología democrática, con el principio de autonomía individual moderna que ha permitido la valoración de las afirmaciones excéntricas voluntarias, de las actitudes no conformistas, distanciadas pero sin ostentación ni desafío, conforme a una sociedad de iguales: ‘Un toque de humor basta para hermanar a los hombres’ (Ph. D. Thompson). El humor desempeña esa doble función democrática: permite al individuo liberarse, aunque sólo sea puntualmente, de la fuerza del destino, de las evidencias, de las convenciones, afirmar con ligereza su libertad de espíritu; simultáneamente impide al ego tomarse en serio, forjarse una imagen ‘superior’ o altiva, manifestarse sin dominio de sí, impulsiva o brutalmente. El humor pacifica las relaciones entre los seres, desmantela las fuentes de fricciones a la vez que mantiene la exigencia de la originalidad individual” (Op.cit. pp 158-159).*

Qué duda cabe que un *ethos democrático* que ha sustituido el *código caballeresco del honor* por el *código humorístico* es positivo. El problema está en qué consiste dicho humor. Según **Lipovetsky** lleva a cabo una “*doble función democrática*” consistente en una ‘liberación’ y un ‘impedimento’ que ‘pacifica las relaciones’. El resultado no puede ser más válido. Sin embargo podemos preguntarnos el alcance de dicha ‘pacificación’ y sobre todo a costa de qué. Vamos a transcribir la ‘doble función’ destacando lo que parece correcto con negrita y subrayando aquello que nos parece discutible.

Primera función: “*permite al individuo **liberarse**, aunque sólo sea puntualmente, de la fuerza del destino, de las evidencias, de las convenciones, afirmar con ligereza su **libertad de espíritu**”.*

Segunda función: “*simultáneamente impide al ego **tomarse en serio**, forjarse una **imagen ‘superior’** o **altiva**, manifestarse sin dominio de sí, impulsiva o brutalmente”.*

Respecto a la primera: la ‘liberación’ del individuo es condición indiscutible para que surja una persona capaz de ‘afirmar su libertad de espíritu’. El problema está en hasta qué punto puede llamarse ‘liberación’ personal a algo ‘puntual’, lo mismo que hasta qué punto es ‘libertad de espíritu’ la que tan sólo se afirma ‘con ligereza’. ¿Suscitan confianza una liberación que sea puntual, y una libertad de espíritu que se afirme con ligereza?

Respecto a la segunda: el que el humor impida forjarse una imagen ‘altiva’ y manifestarse ‘sin dominio de sí, impulsiva o brutalmente’, no sólo es de desear, sino que nos va mucho en ello. Pero que el yo no se ‘tome en serio’ ni se forje una ‘imagen superior’ puede ser su disolución y de hecho lo es, como vemos por las descripciones que el mismo **Lipovetsky** nos hace del hombre posmoderno.

En efecto, todos agradecemos una persona que tenga ‘libertad de espíritu’, ‘seria’ y que no sea ‘conformista’ dejándose llevar por la inercia, sino que se forje una imagen ‘superior’, en el sentido de una identidad que exige ‘crecimiento’. (Más adelante desarrollaremos este tema). Pero una persona seria y con identidad, no tiene por qué ser ‘altiva’ y, menos aún, manifestarse ‘sin dominio de sí...’, lo mismo que la libertad de espíritu tenga que ver algo con la ligereza.

La pacificación, por tanto que posibilita este humor posmoderno va unida a lo puntual, la ligereza, la difuminación, en una palabra, la *indiferencia pura*. Y es que “*en eso se basa el prestigio social del humor, código de adiestramiento igualitario que debemos concebir aquí como un instrumento de socialización paralelo a los mecanismos disciplinarios*” (Op.cit. p 159).

Los ‘mecanismos disciplinarios’ han sido sustituidos por el ‘adiestramiento igualitario’ del humor. Pero ¿qué es lo que iguala este ‘adiestramiento’? La posibilidad, “*después de medio siglo socialización a través del consumo*” de que un “*yo devaluado, alérgico a la solemnidad del sentido*”, alcance las cotas de “*placer y expansión*” a las que el “*nuevo tipo de individualidad aspira*” (cf. Op.cit. pp 145 y 157). Sin esa ‘socialización a través del consumo’ no se hubiese dado esa ‘devaluación del yo’, ya que dicho consumo socializado (el ‘escaparate’ al alcance de todos junto con el **can do**) es el que ha permitido a cada individuo satisfacer sus apetencias, prolongando de este modo el esquema de comportamiento con el que nacimos, el **Principio del placer**, y no hay necesidad ni de ‘sentido’ ni de ‘forjarse una imagen superior’, pues no tiene por qué crecer, sino tan sólo ‘satisfacer’ (¿‘vivir sin más’?).

Pero veamos qué consecuencias tiene este: “*no tomarse en serio: esa democratización del individuo no expresa sólo un imperativo ideológico igualitario, traduce la subida de los valores psi como son la espontaneidad y la comunicación, traduce un cambio antropológico, el advenimiento de una personalidad tolerante, sin gran ambición, sin una alta idea de sí misma, sin creencias sólidas. El humor que nivela las figuras del sentido en guiños lúdicos está hecho a imagen y semejanza de la fluctuación narcisista, que se manifiesta una vez más como un instrumento democrático*” (Op.cit. p 160).

El ‘sentido’ que soporta el individuo cuyo ‘ego’ ha sido devaluado por el ‘humor’ no pasa de ‘guiños lúdicos’ que posibilitan una ‘espontaneidad’ y una ‘comunicación’ descomprometidas, pues detrás tan sólo hay una personalidad ‘tolerante’, incapaz de arriesgarse (¡*tomarse en serio!*), pues está devaluada (‘*sin una alta estima de sí misma*’), pendiente de la ‘fluctuación narcisista’ y carente de ‘creencias sólidas’, las únicas que podrían proporcionarle un **sentido**.

Pero observemos que, en medio de esta desubstancialización generalizada que ha provocado el posmodernismo, el espíritu democrático mantiene una ‘ideología’ y un ‘imperativo’. Repitamos la frase: “*no tomarse en serio: esa democratización del individuo no expresa sólo un imperativo ideológico igualitario*” (¡la igualdad!). El problema es que dicha igualdad es confusa. Una cosa es que todo ser humano tenga una dignidad (que para el creyente cristiano consiste en ser ‘imagen y semejanza de Dios’) y por tanto unos ‘derechos inalienables’ (‘todos somos iguales ante la ley’), y otra muy distinta que cualquier comportamiento o expresión tuyas sean ‘iguales’, tengan el mismo valor. Este igualitarismo sin distinciones puede llevarnos (¡nos lleva!) a callejones sin salida. Y sin embargo esta supuesta igualdad goza del privilegio de ser un **imperativo** y una **ideología**, ambos descalificados para cualquier otro valor.

Esto es lo que contribuye a posibilitar un humor que ‘*nivela las figuras del sentido... a imagen y semejanza de la fluctuación narcisista*’. En efecto, es este narcisismo consolidado por un hedonismo garantizado (‘escaparate’-consumo) el gran beneficiado: “*Consecuencia última de la edad del consumo, el proceso humorístico reviste la esfera del sentido social, los valores superiores se vuelven paródicos, incapaces de dejar ninguna huella emocional profunda. Bajo el empuje de los valores hedonistas y narcisistas las referencias eminentes se vacían de su substancia, los valores que estructuraban el mundo en la primera mitad del siglo XX (ahorro, castidad, conciencia profesional, sacrificio, esfuerzo, puntualidad, autoridad) ya no inspiran respeto, invitan más a la sonrisa que a la veneración: parecen fantasmas de vodevil, y sus nombres evocan a nuestro pesar algo vetusto o ridículo. Después de la fase de*

afirmación gloriosa y heroica de las democracias en que los signos ideológicos han rivalizado en énfasis (la nación, la igualdad, el socialismo, el arte por el arte) con los discursos jerárquicos destronados, entramos en la era democrática posmoderna que se identifica con la desubstancialización humorística de los principales criterios sociales” (Op.cit. p 162).

Como siempre la descripción es impecable. Pero quiero destacar la última frase: la democracia que vivimos es ‘posmoderna’, lo cual quiere decir que los valores ‘sociales’ que la hicieron posible han sido ‘desubstancializados’, y la ‘igualdad’ por la que se luchó y que creemos más consolidada que nunca (¡se ha convertido en un ‘imperativo ideológico!’), ha terminado diluida por los ‘valores hedonistas y narcisistas’ que nos aíslan en un individualismo ‘indiferente’ en el que no tiene cabida el **bien común** en sí (el fundamento de todo criterio social) para convertirse en lo que **Lipovetsky** ha denominado ‘proceso de personalización’, personalización que en vez de valorizar la ‘dignidad’ de la persona la trivializa, porque lo que ha cobrado valor es lo **subjetivo**, no la **realidad personal** como reto. Pero este proceso de humorización concluye en lo siguiente: “... *el hiperindividualismo de nuestro tiempo tiende a suscitar una aprehensión del prójimo con tonalidades cómicas. A fuerza de personalización, cada uno se convierte para sus semejantes en un animal curioso vagamente extraño y no obstante desprovisto de misterio inquietante: el otro como teatro absurdo. La coexistencia humorística, he aquí lo que nos impone un universo personalizado... Así, el modo de aprehensión del otro no es ni la igualdad ni la desigualdad, es la curiosidad divertida, de manera que cada uno de nosotros se ve condenado a parecer a corto o largo plazo extraño, excéntrico ante los otros. Última desacralización, la relación interhumana es aquí expurgada de su gravedad inmemorial paralelamente a la caída de los ídolos y grandes de este mundo; última expropiación, la imagen que ofrecemos a los demás está destinada a ser cómica.*”

A esto se añade un agravante: “...*Desposesión que se corresponde con la instituida por el inconsciente y lo reprimido: ya sea en el orden subjetivo o intersubjetivo, el individuo sufre una expoliación de su representación. Con el inconsciente, el ego pierde el dominio y la verdad de sí mismo; con el proceso humorístico el yo se degrada en títere ectoplástico. No debemos ignorar pues el precio y la encrucijada de la era hedonista, que ha desubstancializado tanto la representación como la propia unidad del individuo...*” (Op.cit. pp 165-166).

La ‘desubstancialización’ tiene un alcance devastador: el ‘individuo’ se queda sin ‘representación’ y sin ‘unidad’. Pero no olvidemos el diagnóstico: lo que provoca esta desubstancialización es la ‘era hedonista’. En verdad, el hombre siempre ha sido ‘hedonista’; sólo una realidad como la actual (estamos ‘estrenando historia’) ha hecho posible que el hedonismo pase de mera ‘fantasía’ a realidad, porque **can do**. El individuo se convierte en un conjunto de necesidades (la mayoría artificiales) cuya satisfacción no tiene sentido diferir: “*el Yo ha sido ya pulverizado en tendencias parciales*” (Op.cit. p 57). Sólo en este contexto puede surgir la sociedad humorística.

Esto lleva a una nueva paradoja: “... *Con la era humorística que rebaja las distancias, lo social se vuelve definitivamente adecuado a sí mismo, ya nada exige veneración, el sentimiento de las alturas es pulverizado en la desenvoltura generalizada, lo social recobra su completa autonomía conforme a la esencia del proyecto democrático... tenemos derecho a preguntarnos si no hemos entrado ya en las sociedades de alguna manera ‘posigualitarias’. Efectivamente, la sociedad que estaba abocada gracias a la igualdad a armonizarse sin heterogeneidad ni semejanza, está en vías de transformar al otro en extranjero, en un verdadero y estrambótico mutante; la sociedad basada en el principio del valor absoluto de cada persona es la misma en que los seres tienden a volverse zombis inconsistentes o*

cómicos; la sociedad en que se manifiesta el derecho de todos a ser reconocidos socialmente es también aquella en que los individuos cesan de reconocerse como absolutamente idénticos a fuerza de hipertrofia individualista...” (Op.cit. pp 166-167).

Paradójica consecuencia de que *el principio del valor absoluto de cada persona* termine por convertirnos en *zombis inconsistentes o cómicos*. La única explicación es que *“lo social se vuelve definitivamente adecuado a sí mismo”*. ¿Qué significa esto? Que lo social no tiene referente alguno que lo trascienda. Y por el momento no me refiero a una trascendencia ‘sobrenatural’ sino al **bien común** que hace que lo social no se reduzca a *“un conjunto de moléculas personalizadas”* (Op.cit. p 57), ya que el ‘bien común’ nunca será el conjunto de ‘bienes particulares’.

Sin embargo, en esta ‘desubstancialización’ no todo sucumbe: *“... A medida que las instituciones y valores sociales se entregan en su inmanencia humorística, el Yo se realza y se convierte en el gran objeto de culto de la posmodernidad. ¿De qué podemos ocuparnos seriamente hoy en día, como no sea de nuestro equilibrio físico y psíquico? Cuando los ritos, costumbres y tradiciones agonizan, cuando todo flota en un espacio paródico, aumentan la obsesión y las prácticas narcisistas, las únicas aún revestidas de una dignidad ceremonial... (tanto en lo psi como en el cuerpo)...”* (Op.cit. p 169). Es en lo único que ha conservado ‘seriedad’ hasta tal punto que, como el mismo **Lipovetsky** observa en la página siguiente, *“no se hacen ya bromas con el propio cuerpo ni con la salud”*, expresión culminante de un proceso *desacralizador* estrictamente materialista, en el que *“el otro ha entrado en la fase del ‘cualquier cosa’, del desalienamiento burlesco”* (Op.cit. p 166), convirtiendo al que percibíamos como *misterio inquietante* en un *animal curioso vagamente extraño*, que no va más allá de lo *cómico y divertido*.

Ahora podemos palpar mejor hasta qué punto esta paradójica ‘absolutización’ de la igualdad, termina por convertirnos en ‘zombis’ unos para otros. Una igualdad que nos encierra en un individualismo ‘indiferente’, sin **bien común** (las ‘instituciones y valores sociales’ sucumben ante una ‘inmanencia humorística’), nos convierte en mónadas extrañas. En esta situación lo único que queda a un ‘Yo’ que pretende ‘realzarse’ y convertirse en ‘el gran objeto de culto’. Es la culminación del narcisismo: obsesión por un ‘equilibrio físico y psíquico’ que se ahoga en sí mismo, sin ningún referente ni absoluto.

Un Yo encerrado en un individualismo narcisista, sin trascendencia de ningún tipo, se queda sin otros referentes y, para colmo, estas pérdidas se viven como una liberación y un logro. Sin embargo, a lo mejor, en esta ‘euforia humorística’ hemos perdido lo que dichos referentes significaban. Esto tiene sus consecuencias.

VI.- “Violencias salvajes, violencias modernas”.

En este último capítulo, **Lipovetsky** aborda la superación de dos ‘códigos’ que han regido la sociedad hasta nuestros días, el de la ‘venganza’ y el del ‘honor’. ¿Qué tiene que ver este final con lo hasta aquí tratado?

Al abordar la ‘violencia’ que sendos códigos han provocado, confiesa que hoy día *“cuesta comprender el significado exacto”* de dichos códigos *“por haber sido eliminados de la lógica del mundo moderno”*.

Pero recojamos la descripción que hace de lo que ambos códigos han representado en la vida humana: *“Cuando ni el individuo ni la esfera económica tienen una existencia autónoma y están sometidos a la lógica del estatuto social, reina el código del honor, el primado absoluto del prestigio y de la estima social, como el código de la venganza que significa la subordinación del interés personal al interés del grupo, la imposibilidad de romper la cadena de alianzas y de generaciones, de los vivos y los muertos, la obligación de poner en juego la*

vida en nombre del interés superior del clan o linaje. El honor y la venganza expresan directamente la prioridad del conjunto colectivo sobre el agente individual” (Op.cit. p 175). Es decir, parece que ambos códigos apuntan a un tipo de ‘trascendencia’ del individuo.

A continuación analiza la violencia ‘salvaje’ que este tipo de ‘trascendencia’ del ‘conjunto colectivo’ sobre el individuo ha provocado a lo largo de la historia. En efecto, va describiendo cómo, tanto la venganza como el honor, han regido los comportamientos, hasta que “*la acción conjugada del Estado moderno y del mercado... permitió la gran fractura que desde entonces nos separa para siempre de la sociedades tradicionales, la aparición de un tipo de sociedad en la que el hombre individual se toma por fin último y sólo existe para sí mismo” (Op.cit. p 192).* Esta es la gran ruptura.

En efecto, es “*el advenimiento del individuo autónomo, libre, liberado de los lazos feudales de hombre a hombre y progresivamente de todas las cargas tradicionales”.* Pero al mismo tiempo, “*la economía de mercado... permitió el nacimiento del individuo atomizado cuyo objetivo es una búsqueda cada vez más definida de su interés privado”.* Todo esto supone “*un cambio en las relaciones del hombre con la comunidad, una mutación que puede resumirse en una palabra, individualismo, que corre paralela con una aspiración sin precedentes por el dinero, la intimidad, el bienestar, la propiedad, la seguridad que indiscutiblemente invierte la organización social tradicional. Con el Estado centralizado y el mercado, aparece el individuo moderno, que se considera aisladamente, que se absorbe en la dimensión privada, que rechaza someterse a reglas ancestrales exteriores a su voluntad íntima, que sólo reconoce como ley fundamental su supervivencia e interés personal” (Op.cit. p 192).*

Esta nueva situación que libera de las “*solidaridades de grupo”* hace que el individuo ya no tenga por qué reconocer “*como deber sagrado la venganza de sangre”*, lo mismo que ocurre con el código del honor: “*cuando el ser individual se define cada vez más por su relación con las cosas, cuando la búsqueda de dinero, la pasión por el bienestar y la propiedad son más importantes que el estatuto y el prestigio social, el concepto del honor y la susceptibilidad agresiva se debilitan, la vida se convierte en valor supremo, se debilita la obligación de no perder la dignidad” (Op.cit. p 193).*

Esto tiene consecuencias en un primer momento positivas: “*Provocar al otro, burlarse de él, aplastarlo simbólicamente, este tipo de relaciones está condenado a desaparecer cuando el código del honor deja paso al culto del interés individual y de la privacy”,* porque “*como demostró Tocqueville, a medida que los hombre se retiran en su esfera privada y no se preocupan más que de sí mismos, reclaman al Estado para que les asegure una protección más vigilante, más constante de su existencia” (Op.cit. p 194),* dicho de otra forma ‘no se toman la justicia por su mano’. Pero esa justicia que dependía de aquellos dos códigos, depende ahora del Estado: una instancia que ‘trasciende’ su individualidad, como los ‘códigos’ citados, aunque éstos podían llevar a límites extremos: poner en juego la propia vida.

En efecto, no es precisamente “*la igualdad, concebida como estructura moderna del apercebimiento del otro en tanto que ‘igual’, la que hace inteligible la pacificación de los individuos. La civilización de los comportamientos no llega con la igualdad, llega con la atomización social, con la emergencia de nuevos valores que privilegian la relación con las cosas y el abandono concomitante de los códigos del honor y la venganza” (Op.cit. p 196).* Y una vez más remite a Tocqueville: “*En los siglos democráticos, los hombres se sacrifican raramente unos por otros, pero muestran una compasión general para todos los miembros de la especie humana” (Op.cit. p 197).*

¿Qué es lo que hace que esa ‘compasión’ no se traduzca en ‘sacrificios’, en compromiso? Por lo pronto hay que reconocer que “*lo que ni la educación disciplinaria ni la autonomía*

personal consiguieron realizar verdaderamente, la lógica de la personalización lo consigue al estimular la comunicación y el consumo, al sacralizar el cuerpo, el equilibrio y la salud, al romper el culto al héroe, al desculpabilizar el miedo, en resumen, al instituir un nuevo estilo de vida, nuevos valores, llevando a su punto culminante la individualización de los seres, la retracción de la vida pública, el desinterés por el Otro” (Op.cit. p 199). En efecto, este nuevo ‘estilo de vida’ y ‘valores’ han ‘pacificado’ una sociedad que lo único que pide es ‘vivir tranquila’. Esto quiere decir que la raíz de esta pacificación es precisamente el desinterés por el otro aunque como observaba Tocqueville cada vez seamos más sensibles a la compasión.

En efecto, la realidad es que “*cada vez más absortos en preocupaciones privadas, los individuos se pacifican no por ética sino por hiper-absorción individualista: en sociedades que impulsan el bienestar y la realización personal, los individuos están más deseosos de encontrarse consigo mismo, de auscultarse, de relajarse en viajes, música, deportes, espectáculos antes que enfrentarse físicamente. La repulsión profunda, general, de nuestros contemporáneos por las conductas violentas es función de esa diseminación hedonista e informacional del cuerpo social realizada por el reino del automóvil, de los mass media, del ocio...*” (Op.cit. p 199).

Y concluye Lipovetsky con una lógica aplastante: “*...la sociedad de consumo remata la neutralización de las relaciones interhumanas; la indiferencia al destino y a los juicios del otro toman desde ese momento toda su amplitud. El individuo renuncia a la violencia no sólo por la aparición de nuevos bienes y objetivos privados sino porque, en el mismo movimiento, el otro se encuentra desubstancializado, es un ‘extra’ sin papel, ya sea un miembro algo alejado del grupo familiar estricto, un vecino del rellano o un compañero del trabajo. Ese discontent de la relación interhumana incrementado por el hiper-investimento individualista o narcisista es el origen del declive de los actos violentos. Indiferencia hacia el prójimo de un nuevo tipo, ya que simultáneamente las relaciones interindividuales no cesan de ser reestructuradas, finalizadas por los valores psicologistas y comunicacionales. Esa es la paradoja de la relación interpersonal en la sociedad narcisista cada vez menos interés y atención hacia el otro, y al mismo tiempo un mayor deseo de comunicar, de no ser agresivo, de comprender al otro. Deseo de convivencia psi e indiferencia a los otros se desarrollan a la vez, ¿cómo en esas condiciones no iba a disminuir la violencia?*” (Op.cit. p 200).

Es una pacificación por sustracciones: puedo satisfacer todos los caprichos, no necesito nada del otro, con tal de que no moleste ni me comprometa a algo, deseo comunicarme con él. En todo esto no hay ni ética, ni interés, ni preocupación, ni responsabilidad. El individualismo que vivimos ha reducido el ser humano a un ser de ‘necesidades’ que está obligado a satisfacer y por tanto ha de exigir.

Esto pone en crisis algo fundamental en el tema que nos ocupa: la formación. Si el ser humano nace en blanco y está llamado a crecer (¡y no sólo físicamente!), ¿cómo garantizar que dicho crecimiento sea el mejor? Es lo que siempre ha planteado la ‘educación’. Dicha tarea, por tanto es la primera y más urgente. Sin embargo veamos qué está ocurriendo a este respecto: “*El eclipse de los castigos corporales procede de esa promoción de modelos educativos a base de comunicación recíproca, de psicologización de las relaciones en un momento en que los padres cesan precisamente de reconocerse como modelos a imitar por sus niños. El proceso de personalización diluye las grandes figuras de autoridad, mina el principio del ejemplo demasiado tributario de una era distante y autoritaria que ahogaba las espontaneidades singulares, y disuelve por último las convicciones en materia de educación: la desubstancialización narcisista se manifiesta en el corazón de la familia nuclear como impotencia, desposesión y dimisión educativa. El castigo físico que, aún no hace mucho, tenía una función positiva de amaestramiento e inculcación de las normas ya no será más que un*

fracaso vergonzoso y culpabilizador de la comunicación entre padres e hijos, un último impulso incontrolado por recobrar la autoridad” (Op.cit. p 201).

¿Qué podíamos esperar de este proceso de ‘desubstancialización humorística’? Una vez más un rechazo simplista que elimina elementos irrenunciables en cualquier proceso educativo (‘tiramos el niño con el agua sucia’). Al eliminar el ‘castigo’ nos hemos quedado sin ‘autoridad’ y lo que es peor, el ‘ejemplo’, imprescindible para el proceso de crecimiento humano (no sólo físico) al que el niño se enfrenta. Es la ‘desubstancialización narcisista’ la que ha deshecho ‘*las convicciones en materia de educación*’, provocando la ‘*impotencia, desposesión y dimisión educativa*’. El ‘*imperio ideológico igualitario*’ y la ‘*pacificación*’ como ausencia de conflictos, no como convivencia responsable, han afectado de forma nefasta a la relación de dependencia en total desigualdad de posibilidades por la que el ser humano pasa necesariamente. ¡Por mucho que estemos en la era de la igualdad democrática, el niño no puede nada, todo lo tiene que recibir! Al desaparecer papeles irrenunciables, como son la autoridad y ejemplaridad, el niño se queda sin referentes para su crecimiento en madurez, o mejor dicho, sin referentes estructuradores, pues siempre se remitirá al de ‘turno’ pero sin compromiso de ningún tipo.

Ahora bien, la renuncia a la violencia con la desaparición de los códigos de la venganza y del honor lleva al sentimiento generalizado de inseguridad: “...*Como sabemos, en todos los países desarrollados el sentimiento de inseguridad va en aumento; ... De hecho, el sentimiento de inseguridad aumenta, alimentándose del menor suceso e independientemente de las campañas de intoxicación. La inseguridad actual no es una ideología, es el correlato ineluctable de un individuo desestabilizado y desarmado que amplifica todos los riesgos, obsesionado por sus problemas personales, exasperado por un sistema represivo considerado inactivo o ‘demasiado’ clemente, acostumbrado a la protección, traumatizado por una violencia de la que lo ignora todo: la inseguridad ciudadana resume de una forma angustiada la desubstancialización posmoderna. El narcisismo, inseparable de un miedo endémico, sólo se constituye suponiendo un exterior exageradamente amenazador, lo que, a su vez, aumenta la gama de reflejos individualistas: actos de autodefensa, indiferencia al otro, encierro en la casa; mientras que un número importante de habitantes de las grandes metrópolis se protegen detrás de su puerta blindada y renuncian a salir de noche, tan sólo un 6 % de los parisinos intervendrían si oyeran llamadas de socorro durante la noche” (Op.cit. pp 204-205).*

La afirmación de que la ‘*inseguridad ciudadana*’ es el resumen ‘*angustioso*’ de la ‘*desubstancialización posmoderna*’ tiene más calado del que a primera vista podemos intuir. Es un narcisismo que aísla en un individualismo indefenso, solitario, sin referencias que le lleva a mecanismos de autodefensa, indiferencia, encierro, que lo incapacitan para la relación distendida y comprometida. Más aún, como más adelante observa el mismo **Lipovetsky**, “*la forma hard no expresa una pulsión, no compensa una carencia, como tampoco describe la naturaleza intrínseca de la violencia posmoderna; cuando ya no hay un código moral para transgredir, queda la huida hacia adelante, la espiral extremista, el refinamiento del detalle por el detalle, el hiperrealismo de la violencia, sin otro objetivo que la estupefacción y las sensaciones instantáneas” (Op.cit. p 205).*

¿Es correcta esta correlación del ‘*hiperrealismo de la violencia*’ con la ausencia de ‘*un código moral para transgredir*’? A menudo tengo la sensación leyendo a **Lipovetsky** de que la exactitud de sus análisis unida a su honestidad, le llevan a afirmaciones que parecen ir en contra de sus ‘convicciones’. Es de agradecer que nunca de la espalda a la realidad.

Pero veamos la posible explicación que nos da **Lipovetsky**: “...*Lejos de ser una moda más o menos aleatoria, el efecto hard es correlativo con el orden cool, con la desestabilización y la desubstancialización narcisista al igual que el efecto humorístico que representa su cara*

opuesta, pero lógicamente homóloga. A la paulatina disolución de referencias, al vacío del hiperindividualismo, responde una radicalidad sin contenido de los comportamientos y representaciones, una subida a los extremos en los signos y hábitos de lo cotidiano, en todas partes el mismo proceso extremista está en marcha, el tiempo de las significaciones, de los contenidos pesados vacila, vivimos el de los efectos especiales y de la performance pura, del aumento y amplificación del vacío” (Op.cit. pp 205-206).

Es decir, parece que el ser humano no soporta el ‘vacío’ (carencia de sentido, de ‘significaciones’, de ‘contenidos pesados’), tiene que llenarlos de algo ‘fuerte’. Este algo carece de contenido que suple con la intensidad. Es un ‘guinness’ permanente al que se siente impulsado como único aliciente de la vida.

Pero esta ‘indeterminación’, fruto de *“la desestabilización y desubstancialización narcisista”*, unida a su necesidad de ‘extremosidad’ puede llevar a terrenos peligrosos. En efecto, este proceso de ‘personalización’ afecta de una manera especial a la juventud, sobre todo a ‘*los marginales culturales*’: *“...El orden del consumo pulveriza mucho más radicalmente las estructuras y personalidades tradicionales que el orden racista colonial: ahora es menos la inferioridad lo que caracteriza el ‘colonizado’ que una desorganización sistemática de su identidad, una desorientación violenta de su ego suscitada por la estimulación de los modelos individualistas eufóricos que invitan a vivir intensamente. El proceso de personalización desmantela la personalidad; por un lado, el estallido narcisista y pacífico, por otro, el estallido violento y energúmeno”* (Op.cit. p 207).

Curiosamente, ‘*el proceso de personalización desmantela la personalidad*’. Pero esto no es ilógico: *“... Consecuencia del abandono de las grandes finalidades sociales y de la preeminencia concedida al presente, el neonarcisismo es una personalidad flotante, sin estructura ni voluntad, siendo sus mayores características la labilidad y la emotividad. Así la violencia hard, desesperada, sin proyecto, sin consistencia, es la imagen de un tiempo sin futuro que valoriza el ‘todo y pronto ya’; lejos de ser antinómico con el orden cool y narcisista, es su expresión exasperada: la misma indiferencia, la misma desubstancialización, lo que se gana en individualismo se pierde en ‘oficio’, en ambición, y también en sangre fría, en control de uno mismo:...”* (Op.cit. p 209)

‘*Un tiempo sin futuro*’: ¿sin ‘trascendencia’, que se agota en la constatación incompleta que nos da la inmediatez? En efecto, el carecer de horizonte de crecimiento es renunciar a vivir. La vida humana es ante todo **historia** nunca escrita, pero llamada a ser **biografía**. Hemos repetido más de una vez que la precariedad e impotencia en que nacemos está llamada a llegar más lejos de lo que pueda llegar ningún otro viviente conocido. Esto supone un proceso ininterrumpido. El no ‘progresar’, el ‘fijarse’ en la inmediatez del ‘presente’ es dar muerte a dicho proceso, es quedarse con una ‘personalidad flotante’ (¿sin ‘biografía’?).

Pero el problema no queda ahí; **Lipovetsky** lo liga al aumento, tanto de delincuencia criminal como de suicidios. Refiriéndose a la ‘*violencia de color*’ en Norteamérica, comenta: *“...Vistas así las cosas, no debe verse en esa violencia de color ni un hábito arcaico ni una forma de rebelión; es el punto culminante de la desestabilización y de la desintegración posmoderna, el acercamiento a los extremos, desocializado y cínico, ligado a la licuación de los principios, enmarcamientos y autocontroles; es la manifestación hard del orden social”* (Op.cit. pp 208-209). Detrás, pues, de esta violencia está la ‘*desestabilización y desintegración posmoderna*’, una ‘*desocialización*’ y ‘*cinismo*’, ligados ‘a la licuación de los principios, enmarcamientos y autocontroles’. La personalidad ‘flotante’ de la que antes nos hablaba.

Pero el problema no acaba ahí: *“... Habida cuenta de la amplitud sin precedentes de las tentativas de suicidio y a pesar del descenso del número de muertos-suicidas, la epidemia suicida no ha concluido ni mucho menos: la sociedad posmoderna al acentuar el individualismo, al modificar su carácter por la lógica narcisista, ha multiplicado las*

tendencias a la autodestrucción, aunque sólo fuera transformando su intensidad; la era narcisista es más suicidógena aún que la era autoritaria. Lejos de ser un accidente inaugural de las sociedades individualistas, el movimiento ascendente de los suicidios es su correlato a largo plazo” (**Op.cit.** p 212).

Y una vez más, ante este dato angustioso que no sabemos cómo abordar, **Lipovetsky** se atreve a diagnosticar: “...El proceso de personalización compone un tipo de personalidad cada vez más incapaz de afrontar la prueba de lo real: la fragilidad, la vulnerabilidad aumentan, principalmente entre la juventud, categoría social más privada de referencias y anclaje social. Los jóvenes, hasta entonces relativamente preservados de los efectos autodestructivos del individualismo por una educación y un enmarcamiento estables y autoritarios, sufren sin paliativos la desubstancialización narcisista, son ellos quienes representan ahora la figura última del individuo desinteresado, desestabilizado por el exceso de protección o de abandono y, como tal, candidato privilegiado del suicidio. En América, los jóvenes de quince a veinticuatro años se suicidan a un ritmo doble del de hace diez años, triple del de hace veinte...” (En Japón son los niños de cinco a catorce años los que se quitan la vida) (**Op.cit.** pp 212-213).

Su análisis es preocupante. Por otro lado, lo que él ha denominado ‘personalización’, va tomando rostro. Después de haber afirmado que dicho proceso “*desmantela la personalidad*” (**Op.cit.** p 207), ahora añade que dicha personalidad es “*cada vez más incapaz de afrontar la prueba de lo real*”. Y es que el ‘individualismo’ lleva consigo ‘efectos autodestructivos’, cuya raíz está en la carencia de una **educación** que ofrezca un ‘enmarcamiento estable’ (¿un sentido?) y una ‘autoridad’ (no olvidemos que la palabra autoridad viene de *augere* que significa ‘hacer crecer’). Todo esto desemboca en un ‘narcisismo desubstancializado’ (queda atrapado en lo subjetivo, sin acceso a la realidad) ‘desestabilizado por exceso de protección o de abandono’, ‘desinsertado’. Es decir, no es sin más el ‘abandono’ o la ‘protección’, sino su exceso lo que impide la **inserción**.

Conviene caer en la cuenta que insertar viene de *serere* (sembrar), que no es lo mismo que injertar. Es decir, el ser humano tiene que estar ‘inserto’, de lo contrario sus raíces quedan al aire y no puede crecer. Por eso añade **Lipovetsky**: “...*Ahora el suicidio ha sido incorporado por un proceso de indeterminación en que el deseo de vivir y el deseo de morir ya no son antinómicos sino que fluctúan de un polo al otro, casi instantáneamente. De este modo, gran número de suicidas, absorben el fármaco y reclaman, en el minuto siguiente, ayuda médica; el suicidio pierde su radicalidad, se desrealiza en el momento en que las referencias individuales y sociales se difuminan, en que la propia realidad se vacía de su substancia sólida y se identifica con una figuración programada. Esa licuación del deseo de aniquilamiento es sólo una de las caras del neonarcisismo, de la desestructuración del Yo y de la desubstancialización de lo voluntario. Cuando el narcisismo es preponderante, el suicidio procede ante todo de una espontaneidad depresiva, del flip efímero más que de la desesperación existencial definitiva. De manera que en nuestros días, el suicidio puede producirse paradójicamente sin deseo de muerte, algo así como esos crímenes entre vecinos que matan menos por voluntad de muerte que para librarse de ruidos molestos...*”, y termina afirmando: “*la violencia hard está soportada por la lógica cool del proceso de personalización*” (**Op.cit.** p 213).

Es decir, el ‘neonarcisismo’ no es tan inocuo: desestructura el yo (se queda sin raíces) y deja sin sustancia lo voluntario (en el fondo no sabe lo que quiere, sino tan sólo percibe lo que le estimula). Esto hace posible la aparición de lo que podíamos denominar ‘absolutización de lo espontáneo’: no hay **biografía** (el sujeto no sabe hacia dónde va ni le importa), quedando atrapado en un **presente** entre corchetes (sin pasado ni futuro), en una palabra, sin **historia**. Es consecuencia de una trivialización generalizada (la ‘lógica cool’) en la que todo queda

nivelado y equidistante porque se agota en sí mismo. Esto lleva a ‘lógicas’ espeluznantes (‘matar para librarse de ruidos molestos’ o la muerte de la muchacha de Algeciras a manos de dos compañeras para ‘tener una experiencia fuerte’ -hard-).

Por último, el individualismo posmoderno afecta al movimiento social por antonomasia: la revolución. Veamos su argumentación: *“Proceso de civilización y revolución son concomitantes. En las sociedades holísticas, la violencia de los hombres evitaba la definición de sr estar-juntos; a pesar de sus caracteres sangrientos, trastornos y revoluciones tradicionales no apuntaban a destruir la arquitectura del todo social. Al contrario, en las sociedades individualistas, los fundamentos de la sociedad, el contenido intrínseco de la ley y el poder se convierten en objetos de debate público, blanco de la lucha de los individuos y clases. Comienza la era moderna de la violencia social, pieza constitutiva de la dinámica histórica, instrumento de transformación y de adaptación de la sociedad y del Estado. La violencia de las masas se convierte en un principio útil y necesario para el funcionamiento y crecimiento de las sociedades modernas, dado que la lucha de clases permitió al capitalismo superar sus crisis, reabsorber su desequilibrio crónico entre producción y consumo” (Op.cit. p 214).*

Pero no sólo resolvió las crisis del capitalismo, sino lo que es más importante, replanteó ‘el contenido interno de la ley y del poder’, lo que dio lugar al Estado democrático. En efecto, *“para que la revolución se convierta en una posibilidad histórica, los hombres deben ser atomizados, desinsertados de sus solidaridades tradicionales, la relación con las cosas debe primar sobre la relación entre los seres y por último debe predominar una ideología de individuo que le confiera un estatuto innato de libertad e igualdad. La revolución y la lucha de clases suponen el universo social e ideológico del individualismo; entonces no hay una organización en sí exterior a la voluntad de los hombres, el todo colectivo y su supremacía, que precedentemente impedían que la violencia rompiera su orden, pierden su principio de intangibilidad; ya nada, ni el Estado ni la sociedad escapan a la acción transformadora de los hombres. En cuanto el individuo ha dejado de ser un medio para un fin exterior, y ha pasado a ser considerado y a considerarse a sí mismo como fin último, las instituciones sociales pierden su aura sagrada, todo lo que procede de una transcendencia inviolable y se da en una heteronimia de naturaleza es, a largo o corto plazo, socavado por un orden social e ideológico cuyo centro ya no es el más allá sino el propio individuo autónomo” (Op.cit. pp 214-215).*

Para que el hombre alcance un *estatuto innato de libertad e igualdad*, es necesario el predominio de una *ideología del individuo*. Es decir, el gran logro de nuestras democracias que es la libertad y la igualdad tiene su fundamento en una ‘ideología’, que es lo mismo que decir en una ‘absolutización’. Pero lo que se ha absolutizado es un ‘individuo’ *atomizado, desinsertado de sus solidaridades tradicionales* en el que la *relación con las cosas prima sobre la relación con los seres*. Es el *universo social e ideológico del individualismo*. Ya no hay nada *exterior a la voluntad de los hombres* (aunque ‘atomizados’ y ‘desinsertados’), *el todo colectivo y su supremacía* (¿el ‘bien común’?), *pierde su principio de intangibilidad*, sino que *el individuo ha dejado de ser un medio para un fin exterior, y ha pasado a ser considerado y considerarse a sí mismo como fin último*.

Esto es ‘absolutizar’ y toda absolutización lleva a una ‘sacralización’ aunque no se le dé este nombre. Por eso *las instituciones sociales* han de perder *su aura sagrada*. En efecto, se rechaza toda *trascendencia inviolable* y toda *heteronomía*, pero porque ha sido ‘sacralizado’ el ‘*individuo autónomo*’.

En este análisis, indiscutible a mi modo de ver, se describe con exactitud las raíces de nuestras democracias, que se enorgullecen de una **libertad** ‘descomprometida y autónoma’ (¡sin trascendencia!) y de una **igualdad** ‘atomizada’ (¡aislada!).

Pero el análisis de **Lipovetsky** es más complejo, y el ‘individualismo democrático’ ha pasado por distintas etapas. Antes de la actual pasó por lo que él denomina ‘fase heroica del individualismo’: “Al emanciparse de lo sagrado, la sociedad individualista sólo restituye a los hombres el pleno dominio de su estar-juntos sólo enfrentándoles en conflictos, a veces por interés, pero cuyo maniqueísmo se deriva más aún de los nuevos valores ligados a los derechos del individuo. En este sentido la fase heroica del individualismo puede compararse con una movilización-politización de masa alrededor de valores, más que a un repliegue prudente sobre preocupaciones estrictamente privadas (que es lo que ahora vivimos; por eso) la era individualista-democrática... comparada con nuestros días... pertenece aún en cierto modo a las sociedades holistas, a la primacía del todo social como si el elemento de desorganización social que contenía el principio individualista hubiese sido contrarrestado por un tipo de enmarcamiento omnipresente e inflexible, paralelo al de las disciplinas, destinado a neutralizar la dinámica de las singularidades personales, a agrupar a los individuos alrededor de la cosa pública, aunque fuera mediante los enfrentamientos de clase y de valores” (**Op.cit.** pp 215-216).

Es decir, en esta fase ‘la cosa pública’ tiene aún entidad: la primacía del todo social conserva fuerza. Pero para que pueda ser ‘eficaz’ ha de ser ‘omnipresente’ e ‘inflexible’, generando un ‘maniqueísmo’ en torno a los nuevos valores ligados a los derechos del individuo. El resultado es que lo que se vivió como una emancipación de lo sagrado, termina desencadenando todos los riesgos que las anteriores ‘sacralizaciones’ del poder tenían.

En efecto, como observa **Lipovetsky**, “con la era individualista se abre la posibilidad de una era de violencia total de la sociedad contra el Estado, una de cuyas consecuencias será una violencia no menos ilimitada del Estado sobre la sociedad, o sea el Terror como un modo moderno de gobierno por una violencia ejercida en masa, no sólo contra la oposición sino contra los partidarios del régimen. Las mismas razones que permiten a la violencia civil trastornar el orden social y político hacen posible un desafío sin precedentes del poder hacia la sociedad ya que el Terror nace en la nueva configuración ideológica surgida de la supremacía del individuo: aunque las masacres, deportaciones, procesos, se realizan en nombre de la voluntad del pueblo o de la emancipación del proletariado, el Terror es posible sólo en función de una representación democrática, es decir individualista, del cuerpo social, aunque sea para denunciar su perversión y restablecer por la violencia la prioridad del todo colectivo” (**Op.cit.** p 216). Descripción cruda, pero impecable de lo que has supuesto todas las ‘dictaduras del proletariado’.

¿Qué alcance tiene este hecho? ¿Tiene alguna lógica? En realidad hay que reconocer que las atribuciones que se concedieron en esta fase al ‘todo social’ eran, sin más, una sacralización y no precisamente procedente de la ‘revelación’ sino de los atributos ‘divinos’ que una elucubración teísta deduce. Y parece ser que **sólo el Dios vivo es sagrado**, los otros ‘tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen...’

Pero esta situación no la soporta a la larga el ser humano: “La gran fase del individualismo revolucionario expira ante nuestros ojos: después de haber sido un agente de guerra social, el individualismo contribuye desde ahora a eliminar la ideología de la lucha de clases. En los países occidentales desarrollados, la era revolucionaria ha concluido, la lucha de clases se ha institucionalizado, ya no es portadora de una discontinuidad histórica, los países revolucionarios son totalmente decadentes, en todas partes prima la negociación sobre los enfrentamientos violentos. La segunda ‘revolución’ individualista, introducida por el proceso de personalización, tiene por consecuencia un abandono masivo de la res pública y en particular de las ideologías políticas: después de la hipertrofia ideológica, la desentovadura hacia los sistemas de sentido. Con la emergencia del narcisismo, el orden ideológico y su maniqueísmo caen en la indiferencia, todo lo que contiene universalidad y oposiciones

*exclusivas no afecta a esa forma de individualidad ampliamente tolerante y móvil. El orden rígido, disciplinario, de la ideología se ha hecho incompatible con la desestabilización y la humanización cool. El proceso de pacificación ha alcanzado el todo colectivo, la civilización del conflicto social prolonga entretanto la de las relaciones interpersonales” (Op.cit. pp 216-217). El punto de arranque y el prototipo de esta nueva etapa es **Mayo del 68**:*

Qué duda cabe que es de agradecer que ‘en todas partes prive la negociación sobre los enfrentamientos violentos’, pero que este proceso de ‘personalización’ provoque ‘un abandono de la *res publica*’ y ‘la desventura de los sistemas de sentido’, es preocupante. Una sociedad tan exigente, cuyas reivindicaciones son ‘narcisistas’ y ‘privadas’, donde impera la ‘indiferencia’ propia de ‘una individualidad tolerante y móvil’, desemboca en un conflicto más desestabilizador, el de ‘las relaciones interpersonales’.

Esto que puede sonar chocante, no lo es, pues ya hemos visto en qué consiste el ‘proceso de personalización’. Como afirmó en otro momento, “*el proceso de personalización desmantela la personalidad*” (Op.cit. p 207). O como el mismo **Lipovetsky**, cuatro años más tarde afirmará en otras de sus obras: “*El reino pleno de la moda pacífica el conflicto social, pero agudiza el conflicto subjetivo e intersubjetivo; permite más libertad individual, pero engendra una vida más infeliz. La lección es severa; el progreso de las Luces y el de la felicidad no van al mismo paso y la euforia de la moda tiene como contrapartida el desamparo, la depresión y la confusión existencial. Hay más estímulos de todo género pero mayor inquietud de vida; hay más autonomía privada pero más crisis íntimas. Esta es la grandeza de la moda, que le permite al individuo remitirse más a sí mismo, y esta es la miseria de la moda, que nos hace cada vez más problemáticos, para nosotros y para los demás*” (El imperio de lo efímero p 324).

Es decir, la segunda ‘revolución’ individualista que ha inaugurado el proceso de personalización sí provoca el abandono masivo de la res publica y en particular de las ideologías políticas. Pero esto es posible porque el nivel de ‘consumo’ está garantizado en masa. El alto grado de ‘satisfacción’ no sólo está ‘generalizado’ (la mayoría tiene satisfechas sus ‘necesidades’) sino ‘asegurado’ (se experimenta como un ‘derecho’). No hay que luchar por nada, sino exigir unos derechos adquiridos.

Ahora bien, **Lipovetsky** añade una frase sugerente: *la desventura hacia los sistemas de sentido*. ¿Qué quiere decir ‘desventura’? Uno tiene ‘desventura’ ante lo que no le va mucho en ello. Uno no tiene desventura ante lo perentorio. Recogería todo lo dicho sobre la *indiferencia pura*, una indiferencia que surgía “*por exceso, no por defecto, por hipersolicitud, no por privación*”, porque “*la oposición del sentido y del sin sentido ya no es desgarradora y pierde parte de su radicalismo ante la frivolidad o la utilidad de la moda, del ocio, de la publicidad*” (cf. Op.cit. pp 39 y 38). Con esto desaparece toda posibilidad de ‘maniqueísmo’, pero una cosa es reducir la realidad a una película de ‘buenos y malos’ en la que siempre caemos de parte de los primeros y otra muy distinta es creer que todo es igual. Descalificar *todo lo que contiene universalidad y oposiciones exclusivas* es aislarnos en una *individualidad tolerante y móvil* en la que nada tiene un alcance que vaya más allá del ‘**estímulo-respuesta**’.

Es decir, “*...si la revolución libertaria de los años sesenta era aún ‘utópica’, portadora de valores, hoy día, las violencias que estallan en los ghettos se apartan de cualquier proyecto histórico, fieles al proceso narcisista*” (Op.cit. p 219).

Este es el riesgo de nuestro narcisismo individualista: al no tener ni soportar referentes puede convertirse en una amenaza no sólo para los otros sino incluso autodestructora: “*La violencia de clase ha cedido paso a una violencia de jóvenes desclasados, que destruyen sus propios*

barrios; los guettos se encienden como si se tratara de acelerar el vacío posmoderno y rematar rabiosamente el desierto que construye por otros medios el proceso cool de personalización. Último desclasamiento, la violencia entra en el ciclo de reabsorción de los contenidos; conforme a la era narcisista, la violencia se desubstancializa en una culminación hiperrealista sin programa ni ilusión, violencia hard, desencantada” (Op.cit. pp 219-220).

El final del libro no puede ser más estridente. La cuestión es si esta *violencia de jóvenes desclasados* es mero ‘residuo’ y ‘desecho’, que todo cuerpo social segrega, o ‘síntoma’ de descomposición. Las raíces de esta ‘violencia hard’ no parecen estar muy lejos de lo que constituye esta ‘segunda revolución individualista’: según **Lipovetsky** es *el proceso cool de personalización* el que está detrás del *vacío posmoderno* y de este *desierto* que avanza, *sin proyecto histórico* propio de la *era narcisista*, ‘desustancializada’, *sin programa ni ilusión... , desencantada...*

Este es el problema. En esta situación que nos aboca al *desamparo, la depresión y la confusión existencial* (cfr. final de **El imperio de lo efímero**), ¿hay posibilidad de plantearse algún tipo de salida o recuperación? ¿Recuperación de qué? Sin embargo, el ser humano nunca renunciará a preguntarse.